

ECONOMÍA CAMPESINA Y FEMINISTA

CONFLICTO CAPITAL-VIDA

PALESTINA: TIERRA
Y RESISTENCIA

revista
**SOBERANÍA
ALIMENTARIA**
BIODIVERSIDAD
y culturas

NÚM.55
PRIMAVERA
2026



La revista es un espacio colectivo integrado por:

- Antropologies de les Crisis i les Transformacions Contemporànies – CRITS - UB
- Amigos de la Tierra
- Arran de Terra SCCL
- ASDECOBA
- Asociación Ábrego
- Asociación El Colletero
- Biela y Tierra
- Campo Adentro
- Cátedra de Agroecología, Universidad de Vic
- CERAI
- Colectivo Lantxurda Taldea
- Colectivo Memoria Viva de los Pueblos
- Colla Ecologista La Carrasca-Ecologistes en Acció
- Col·lectiu Eixarcolant
- Confederación de Centros de Desarrollo Rural -COCEDER
- Cooperativa Germinando
- Coordinación Baladre
- Ecocentral
- Ecologistas en Acción
- Entrepueblos
- Enxeñería Sen Fronteiras Galiza
- Extiercol
- La Casa Azul
- La Fàbrica, SCCL
- La Fertilidad de la Tierra
- La Plasita
- L'Economat Social SCCL
- Fundación Betiko
- Fundación Entretantos
- Fundació Novessendes
- Garúa
- GRAIN
- Granja Cando SL
- Grupo de Investigación en Agricultura, Ganadería y Alimentación en la Globalización (ARAG-UAB)
- Grupo de Investigación en Economía Ecológica, Agroecología e Historia. UVigo
- Grupo de Estudios Juan Díaz del Moral
- Justicia Alimentaria Global
- La Kosturica
- La Magrana Vallesana
- Landare
- Les Refarades SCCL
- Lonxanet
- Mas Vilartimó - Associació Cultural Espiral
- Menjadors ecològics
- Mugarik Gabe Nafarroa
- Mundubat
- Observatorio para una Cultura del Territorio
- Olistis, SCCL
- Opcions de Consum Responsable
- OSALA
- Postgrau de Dinamització Local Agroecològica
- Red Agroecológica de Lavapiés
- ReHd Mad! Red de huertos urbanos comunitarios de Madrid
- Sindicato Andaluz de Trabajadores y Trabajadoras
- Sindicato Labrego Galego
- Sociedad Española de Agricultura Ecológica (SEAE)
- Universidad Rural Paulo Freire del Cerrato
- Xarxa Agroecològica d'Alcoi
- Varagaña
- Vivir la tierra SCV

PORTADA

Julia Gómez Alonso (1991) nació en Guadalajara y sus horizontes, como los de la Alcarria, son muy variados. Estudió Magisterio de Educación Especial y se formó en Atención Temprana y Psicomotricidad. Al vivir lejos de casa, el dibujo se convirtió en su forma de contar cómo eran sus días y, al volver, comenzó su camino en la ilustración y el grabado en la Escuela de Arte Número 10 de Madrid. Desde entonces, la ilustración le ha permitido colaborar con bandas musicales, festivales de danza tradicional, como Folkarria o Bailando entre montañas, y proyectos ligados a la sensibilización en materia ecosocial, como el Rincón Lento. A finales de 2025, puso en marcha en Guadalajara, junto con un grupo de amigas, El Semillero, un espacio de trabajo compartido y aula de arte, donde ya se gestan iniciativas tan bellas como La Placentera, una pequeña biblioteca colaborativa. Ilustrar es hoy su forma de encontrarse con el mundo.

Instagram: @taller_elsemillero @_juliagoal

AGRADECIMIENTOS

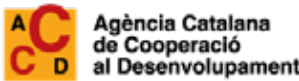
Además de a las personas que han contribuido con contenidos específicos ya mencionadas en las autorías, en los testimonios y en las fuentes, queremos agradecer a quienes nos han ayudado a hacer posible este número sugiriendo contenidos, contrastando información, facilitándonos contactos o simplemente ayudándonos a aterrizarlo tal y como ha quedado: Marina Di Masso, Montse Benito, Natalia Riera, Rozina Bertrán, Olga Abad, Giulia Costanzo, Auxi J. León, Begoña Ribera, Javier García Fernández, Nello Schisano, Jordi Rubio, Estitxu Eizagirre, Paula Llaurador, Sergio Fernández Alonso y Carlos Marentes.



Escucha el pódcast del programa de radio *Toma la tierra*:



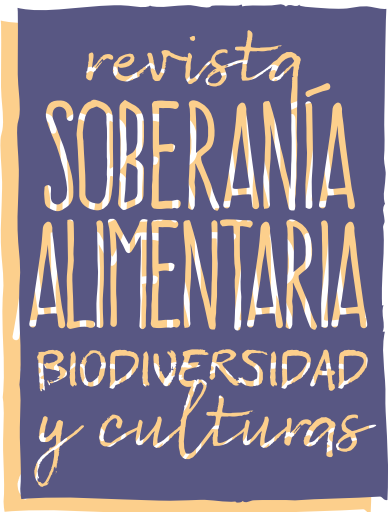
ESTA PUBLICACIÓN HA CONTADO CON EL APOYO DE:



Os invitamos a que os comuniquéis con el equipo redactor (info@soberaniaalimentaria.info) y nos enviéis vuestras experiencias, sugerencias y comentarios, así como aportaciones gráficas para próximos números. Los artículos son responsabilidad de quienes los firman. El material aquí recogido puede ser divulgado libremente, aunque agradeceríamos que citarais la fuente.



Tipografías utilizadas en esta revista: Caecilia LT, Roboto, Sabbatical y Frente H1



NÚM.55 PRIMAVERA 2026

COMITÉ EDITORIAL

- Jeromo Aguado
- Marta Rivera
- Aitor Urkiola
- Paul Nicholson
- Isabel Vara Sánchez
- Uxi D. Ibarlucea
- Enrique González
- Laia Batalla-Carrera
- Héctor Castrillejo
- Sergio S. Taboada
- Marta Soler
- Violeta Aguado
- Irene García Rocas
- Leticia Toledo
- Agustí Corominas
- Henk Hobbelink
- Cristóbal González
- Pau Agost Andreu
- Paula Durán

EDITA



El Pa Sencer SCCL:
Patricia Dopazo
Gustavo Duch
Amal El Mohammadiane Tarbift
Carles Soler
Tomàs de los Santos

CORRECCIÓN Y WEB

Eva CM

ARTE Y MAQUETACIÓN

www.mareavacia.com

PÓDCAST

Stéphanie Chiron

DIRECCIÓN POSTAL

Carrer Casanova, 118-120, 1er B, escala dreta
08036 Barcelona

www.SOBERANIAALIMENTARIA.INFO

INFO@SOBERANIAALIMENTARIA.INFO

Depósito Legal B-13957-2010

ISSN 2013-7567



revistasoberaniaalimentaria



@revistasabc.bsky.social



RevistaSoberaniaAlimentaria



revistasoberaniaalimentaria



@revistaSABC

Soberanía Alimentaria, Biodiversidad y Culturas es una publicación de información, debate y reflexión sobre nuestro vínculo político con la tierra y la alimentación. Una revista de pensamiento crítico que ofrece una perspectiva amplia, abierta y afectable que quiere ayudar a imaginar y construir realidades sociales y económicas radicalmente emancipadoras.

EDITORIAL

Economías campesinas y feministas 4

AMASANDO LA REALIDAD

Fresas y ladrillos fuera de los mercados
Amaia Pérez Orozco 5

Mirar al campo para entender el conflicto capital-vida
Patricia Dopazo Gallego 8

La lenteja mayorera: la semilla que guardaron las mujeres
Amal El Mohammadiane Tarbift 11

Cartas que no llegan
Mar Gallego 15

Notas para una crítica agroecológica al patriarcado
Sergio S. Taboada 17

No se puede vivir sin trabajar, ¿por qué lo contrario sí?
Ana Geranios 20

La tontine: economía para sostener la vida
y construir autonomía colectiva
Bombo Ndir Fall 23

DE UN VISTAZO Y MUCHAS ARISTAS

Conversatorio: «Hay que defender la soberanía alimentaria
como un principio, no solo como un derecho»
Revista SABC 26

EN PIE DE ESPIGA

Tierra y resistencia. El ejemplo Palestino
Leire Lakarra 32

Murcia. La huerta imposible del sur de España
Gianni Esposito 40

VISITAS DE CAMPO

Cuando la piedra habla. Entrevista a Ivana Ponsoda i Revert,
margenadora y arquitecta
Marta Feliu i Reig 44

Miles de litros de zumo de manzana. De Ozaeta al mundo
Garazi Zabaleta Urkiola 48

PALABRA DE CAMPO

Cal Cases. Comunidad rural y escuela de vida
Cal Cases 52

Reseña de *La teoría de la bolsa de la ficción*
Ruth de Frutos 55

La fuente. Un lugar de encuentro para pobladoras 57

La península de las casas cerradas
Arturo Triviño 58

Economías campesinas y feministas

De qué hablamos cuando hablamos de economía? Hemos crecido asimilando que la economía son los mercados, los precios, la productividad o el crecimiento. Un territorio aparentemente técnico, regido por cifras y cientos de indicadores incomprensibles. Sin embargo, la economía feminista lleva décadas proponiendo otra pregunta: ¿qué es lo que realmente sostiene la vida?

Entender la economía desde ahí implica desplazar el foco radicalmente. Implica alejarnos de los circuitos monetarizados y de consumo y poner atención en los tiempos, los cuidados y los trabajos que permiten que la vida continúe cada día, aspectos que no son noticia y de los que no suelen hablar hombres con corbata. No estaría de más recordar que antes de estos mercados existieron los cuerpos, los vínculos, la tierra y los alimentos.

En este número nos acercamos a esa pregunta a través de algo pequeño y, al mismo tiempo, tan cargado de significado como una semilla. La recuperación de la lenteja majorera en Fuerteventura nos recuerda que la agricultura campesina nunca ha sido solo una actividad productiva. Guardar una semilla para la próxima temporada parece un gesto pequeño, pero encierra una decisión radicalmente económica. Significa pensar en futuro, en las comunidades que vendrán. Confiar en la tierra y en la continuidad de la vida.

¿Quién cuida hoy esas semillas? ¿Quién decide qué se cultiva, qué se cocina y qué se come? ¿Quién decide qué se desperdicia?

Cuidar la tierra, requiere tiempo. Y el tiempo se ha convertido en uno de los bienes más escasos. ¿Cómo sostener la agricultura campesina cuando el acceso a la tierra o a la vivienda se vuelve cada vez más difícil? En el conversatorio de este número, compañeras de Argentina y El Salvador

nos recuerdan que en muchos lugares del mundo estas preguntas se entrelazan con un contexto político cada vez más tenso y violento, y que el avance de la extrema derecha va de la mano de ataques a los feminismos, a las comunidades campesinas y a las luchas por la tierra. La defensa de los territorios, de los cuerpos y de las formas de vida comunitarias se reafirma como un frente común frente a proyectos extractivistas que concentran la riqueza y el control social.

La cocina es otro de esos espacios donde se disputa silenciosamente la economía de la vida. Cocinar, además de transformar alimentos, es memoria, transmisión de saberes y relación con el territorio. En las cocinas se han conservado variedades agrícolas, se han adaptado las dietas a los ciclos de la tierra y se han tejido culturas alimentarias. ¿Qué ocurre cuando dejamos de cocinar? ¿Qué desaparece cuando las recetas dejan de transmitirse?

Mar Gallego y Amaia Pérez Orozco nos recuerdan que quizá la pregunta fundamental no sea cuánto ni cómo producimos, sino qué vidas somos capaces de sostener y cómo. Reconocer que la vida se organiza también en las huertas, en las cocinas, en las redes de cuidado y en los pequeños gestos que hacen posible que todo continúe. Tal vez por eso las semillas tengan algo que enseñarnos. Una simiente contiene tiempo acumulado: generaciones que sembraron, guardaron y volvieron a sembrar. Contiene conocimiento adaptado a un lugar, un legado histórico, la diversidad.

Pensar la economía desde ahí nos obliga a cambiar de escala, de mirada, de prioridades. ¿Qué pasaría si organizáramos nuestros territorios a partir del tiempo necesario para cuidar la tierra, cocinar y sostener la vida? Otro gallo cantaría. ●



Fresas y ladrillos fuera de los mercados

En general, desconocemos cómo funcionan los complicados mundos del sistema financiero y las cadenas globales de producción; pero, a poco que lo pensemos, vemos las situaciones indecentes que generan. Necesitamos hacernos fuertes en una afirmación que compartimos: la vida no es una mercancía. Sacar la vida de los mercados es el punto de partida de la economía feminista.

Imaginemos: a tu primo albañil le va muy bien últimamente, no da abasto con tanta casa en construcción. Se anima y se lanza a una hipoteca a 30 años para pillarse el adosado con el que siempre ha soñado. A un precio absurdo, pero pagable en cómodos plazos. De repente, la burbuja explota; los intereses de las hipotecas se disparan. Se queda sin curro. Le dicen que ha vivido por encima de sus posibilidades. Lo desahucian. Pero la rueda vuelve a girar: el gobierno rescata al banco que le dio la hipoteca y a la constructora que construyó el adosado. Vuelven a contratar a tu primo. Ahora levanta una residencia de personas mayores; la financia un fondo butre porque no hay fondos públicos... Los usaron para rescatar el banco.

Imaginemos: qué buenas están las fresas. Hasta esas del supermercado que parecen de plástico. No pienses en los dedos que las han recogido. No pienses en la dueña de esos dedos, que come comida mucho más de plástico en una chabola de plástico mal levantada al lado del invernadero, mientras ahorra para llevar algo de vuelta cuando acabe la temporada y cruza los dedos para que el encargado no se encapriche con ella. Las fresas están todavía mejor con chocolate. Ese que viene de lejos, de un país que malamente sabemos situar en el mapa. No pienses en los dedos que han recogido el cacao. No pienses en los pequeños que son. No pienses que recogen cacao

en lugar de sostener un lápiz o una pelota, porque así no consiguen las monedas miserables con las que calmar el hambre.

Realidades habituales de la economía de mercado

No son imaginaciones. Son situaciones profundamente absurdas si miramos desde la vida. Profundamente injustas, sí. Indignantes, también. Son el pan (o la falta de pan) nuestro de cada día en una «economía de mercado», como la llaman. De mercado capitalista, para ser exactas: ese mercado donde los frutos de la tierra no son de quien la trabaja, ni la casa de quien la construye. En esa economía, estas situaciones son habituales y perfectamente lógicas. Por eso decimos que no es economía de mercado, sino de acaparamiento y explotación. Y que es incompatible con la sostenibilidad de una vida buena para el albañil, la jornalera y la criatura que debería estar en la escuela o jugando.

Porque, además, luego es cuando empieza lo verdaderamente difícil. En las preguntas y dudas que surgen cuando queremos desmontar la economía de mercado y poner en el centro la vida.

Derecho a techo, pero ¿qué techo? No hablamos del techo-fortaleza, un sitio donde nos meten con todos nuestros problemas para que cada quien se las apañe, como hicieron en la pandemia. Queremos casas abiertas y soluciones colectivas a

Por eso decimos que no es economía de mercado, sino de acaparamiento y explotación.

los problemas comunes. No hablamos del techo-trampa, donde mujeres y disidencias son violentadas a la sombra de un crucifijo o de un «hogar dulce hogar» tejido a punto de cruz. No hablamos del techo-escondite, donde nos sentimos seguras en comparación con una calle que nos aterra con su eterna amenaza de una redada racista. Queremos entrar en casa con la misma libertad con la que queremos salir de casa.

¿Y de qué alimentación hablamos? Comer no es alimentarse. Alimentarse es llenar la barriga, pero también llenar el alma, el cuerpo, la memoria, las relaciones... Es tener una alimentación culturalmente adecuada, de calidad y proximidad, criada y cultivada con cuidado y sin tóxicos, por personas que no se dejan la salud en el campo y que entienden que la tierra no es un factor de producción, sino parte de un hilo vivo donde personas, animales y plantas estamos entrelazadas. El reclamo no es seguridad alimentaria, sino soberanía alimentaria; no es una agricultura de laboratorio, sino la que se arraiga en la tierra: la pequeña granja en la que las cabras tienen nombre y no la macrogranja digitalizada. En el agroekofeminismo, hablamos de derecho a la alimentación para nombrar esta reivindicación compleja, que llega hasta las cocinas: alimentarse no es sentarte a que te pongan el plato, sino aprender a cocinar juntas.

Un sinfín de reclamos y dudas

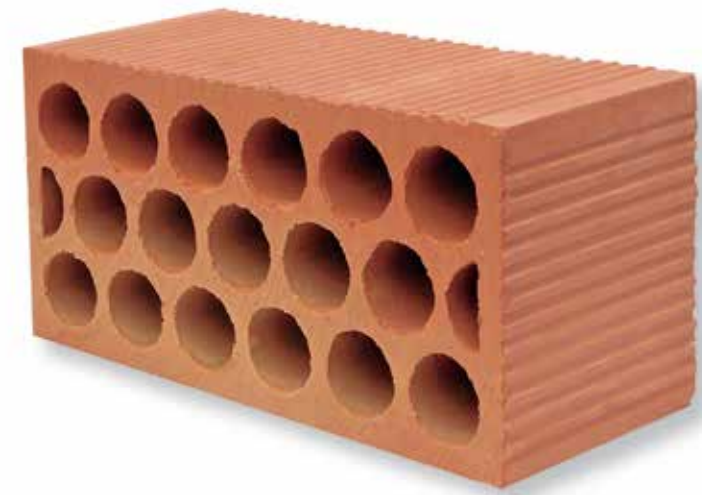
Cuando reivindicamos derecho a techo y a la alimentación, no pedimos que venga alguien de fuera y «nos lo dé». Hablamos de un compromiso con la vida en común y de una energía colectiva para afrontar las dificultades para ir poniendo la vida en el centro.

- **Redistribuir lo acaparado:** Antes de construir más, expropiar y okupar la vivienda vacía y acumulada, la dedicada a especulación y turistificación (especialmente, la de lujo). Retomar un ¿viejo? reclamo: reforma agraria contra el acaparamiento global y local de tierras. Abordar debates incómodos: ¿de dónde saldrá el suelo para los proyectos de energías renovables, incluso si apostamos por los comunitarios de pequeña escala?

- **Cambios «hacia dentro»:** Poco recorrido tendremos si la propiedad privada de cuatro paredes sigue siendo nuestro horizonte vital, forma prioritaria o única de lograr el derecho a techo. Pero ¿cómo renunciar a esa única certeza en tiempos de incertidumbre generalizada? Poco recorrido también si unas siguen queriendo gastar en alimentación cuanto menos, mejor, mientras que lo dan todo en cañas, aviones o cuotas del coche. Y si otras no pueden gastar lo que deberían por la pura supervivencia. Si alimentarnos es central, deberá ser central en el bolsillo de todas... y en el tiempo de todas. Recuperar el saber del fogón en lugar de comprar lasaña precocinada.

- **Creatividad:** Hay propuestas que van más allá de lo ya trillado. La vivienda colaborativa, que obliga a inventar esquemas de financiación distintos a los habituales. La seguridad social de la alimentación, como forma de garantizar este derecho esencial, dedicando recursos colectivos a sufragar la compra de alimentos de calidad y cercanía. Habrá que ver los cómo: ¿Con un bono para gastar en tiendas del barrio? ¿Combinado con cocinas colectivas? ¿Con acceso directo a ciertos alimentos? ¿Compaginar esto con la creación de puestos de trabajo públicos en el sector agroalimentario? ¿Por qué profesorado público, sí, y campesinado público, no? ¿Por qué tanta casa que se cae a pedazos en el campo? Casas sin gente, gente sin casa, ¿qué pasa? ¿Y dónde pasa? ¿A quién le pasa?

- **«Volver al campo»:** No, no queremos que toda la gente urbana se vuelva neorural. Pero sí cuestionar el binomio progreso-urbanización. Si hoy la ciudad y las lógicas urbanas se meten en el campo, darle la vuelta: empezar a meter campo y lógicas rurales en las ciudades. Saludarse por la



CASA
(fragmento)

calle, quitar asfalto para poner más plantas (¿comestibles?), reivindicar techo al tiempo que reconstruimos la relación urbano-rural.

- **Trabajos esenciales:** Nos dijeron en la pandemia que las cajeras de supermercado eran esenciales, pero nos bloquearon las preguntas: si son esenciales, ¿cómo pueden trabajar para una gran cadena de distribución que nos engaña y que, cuando bajan el IVA de alimentos básicos para evitar pobreza alimentaria, mantiene el precio y se lleva la diferencia? Si son esenciales las cajeras, ¿por qué las explotan? ¿Por qué los mercados de los pueblos no son esenciales y en la pandemia las campesinas no pudieron salir a vender sus verduras? Lo que es esencial, ¿quién lo decide, cómo se organiza, quién lo controla y cómo se valora?

Apostar por lo público-comunitario

Todo esto no podrán ni querrán abordarlo nunca las empresas de la «economía de mercado». En todo esto sí tendrá que estar lo público, con inversiones, recalificaciones de suelos, impuestos para financiar del común necesidades esenciales. Un sector público que baje a la calle y al campo. Que se meta en el fregado de cómo pensar la vivienda pública más allá de un sorteo, en el que, si te toca, lo mismo te mandan a la otra punta de la ciudad donde no conoces a nadie.

Sector público, sí, imprescindible. Pero insuficiente si va solo. Queremos comedores públicos

con alimentos agroecológicos; los de los hospitales, colegios o residencias (de cercanía y pequeña escala). Pero también tiempo para hacer la compra, y cocinar, y hacer de la comida un momento de encuentro... Queremos y necesitamos comunidad: vida colectiva en la escalera, el barrio o el pueblo. Quizá una casa colaborativa, o «simplemente» espacios comunes en cualquier edificio. Un mercado local en el que conocer a quien cultiva las lechugas o hace el queso. Queremos comunidad donde no llega la institución y también que la flexibilidad de lo comunitario permea la rigidez burocrática. A esta mezcla de lógicas y actores nos referimos cuando apostamos por lo público-comunitario. Con dudas y alertas, porque es más un experimento deseado y un deseo ligeramente experimentado que una propuesta superdefinida.

Esta es la apuesta de la economía feminista: poner la vida en el centro y la alimentación en el centro de la vida. Queremos un techo bajo el cual la vida pueda descansar y cuidarse. Y todo esto no va a suceder nunca en una economía de mercado (capitalista); pero sí podemos intentar construirlo bajo lógicas público-comunitarias. Y ahí comeremos todas fresas... cuando toquen. ●

Amaia Pérez Orozco

Economista y activista
por la economía feminista

Patricia Dopazo Gallego

MIRAR AL CAMPO PARA ENTENDER EL CONFLICTO CAPITAL-VIDA

El pasado mes de octubre se celebró en Sevilla el IX Congreso de Economía Feminista. La primera mesa redonda en plenaria, «Economías feministas rurales y agroalimentarias en las periferias del Estado español», estuvo protagonizada por cinco mujeres vinculadas al sector agrario que, además de contar cómo resisten las violencias del conflicto capital-vida, compartieron sus estrategias para hacerles frente.

El conflicto capital-vida está tan presente que muchas veces no lo apreciamos, hemos normalizado convivir con él. Como explica Amaia Pérez Orozco,¹ «es definitorio de un modelo socioeconómico que se despliega sobre todos los territorios destruyendo formas de economía otras, a las que menosprecia como economías de subsistencia, aquellas que «simplemente» reproducen las condiciones de vida sin colmar esa aspiración de progreso, desarrollo y crecimiento constante, infinito».

Lo rural, zona de sacrificio

Una de sus representaciones más evidentes son las zonas de sacrificio, regiones geográficas permanentemente sujetas a daños medioambientales que acaban vulnerabilizando y empobreciendo a las comunidades que las habitan. «Las prácticas empresariales contribuyen a producir estas zonas y se enriquecen a costa de ellas», afirmó Ana Pinto, del colectivo Jornaleras de Huelva en Lucha. Huelva es un ejemplo claro de zona de sacrificio, con la mayor mina a cielo abierto de Europa, la de Riotinto, el vertedero nuclear de Nerva —que recibe residuos de toda Europa—, la refinería de petróleo de Palos de la Frontera, la contaminación

de la Ría de Huelva por los fosfoyesos de Fertiberia y la propia industria del fruto rojo, agronegocio de exportación que explota a las personas con trabajos precarios y agota la tierra y el agua.

Encontramos zonas de sacrificio en infinidad de territorios. Gloria Sosa, productora y educadora del Colectivo Cala, reconoce como tal también su tierra, Extremadura, con cientos de proyectos extractivistas en proceso de tramitación, sin olvidar los relacionados con las energías renovables o los olivares y almendros intensivos en regadío que ya se extienden por todo el territorio. «¿Qué significa históricamente el sacrificio? Significa hacer ritos por algo sagrado, en este caso el mercado, para que la rueda siga. Y lo que sacrificamos es nuestro tiempo, nuestras vidas», denuncia Gloria. Señala los efectos que tiene todo este sistema sobre las mujeres rurales en particular y que además «está también en nuestras cabezas, ha colonizado nuestra mentalidad y nos ha metido en esta burbuja». Lo ejemplifica, para ella, la naturalidad con la que la gente de los pueblos ha asumido que ya apenas se consuma lo que se produce allí, que todo venga de fuera y que, a la vez, todo se vaya fuera, a alimentar las ciudades: la energía, las materias primas agrarias, la producción animal.

Desagrarización y estigmatización

Los problemas en el campo derivados del sistema agroindustrial tienen múltiples capas. A nivel global, una de estas capas es la desagrarización, el dismantelamiento del mundo rural en su conjunto, tema en el que profundiza Verónica Sánchez Martino, Livi. «En Asturias teníamos 50.000 agricultores a título principal en los años ochenta y hoy no llegamos a 10.000. Esa pérdida implica también perder agroecosistemas, saberes, infraestructuras...». Livi comparte con las más de trescientas asistentes al congreso sus diez años de experiencia en una cooperativa agroecológica de transformación de avellana en Asturias, Kikiricoop, y la dificultad de aprovechar los productos locales. «En Asturias ya no encuentras dónde descascarillar avellana y esto hace que se aproveche menos del 10% porque no se puede comercializar. La desagrarización hace que se caigan eslabones de la cadena de producción y que dejen de poder aprovecharse recursos locales que ahora se pierden, con todo lo que eso significa. Importar avellana de Azerbaiyán es muchísimo más barato que usar la nuestra».

Livi señala otros problemas del mundo rural que son procesos a largo plazo y que ya ni siquiera son noticia, como la despoblación y la falta de servicios públicos, y algunos a los que se enfrenta su zona en particular, el concejo de Cabranes, como la gentrificación, el acaparamiento de vivienda debido a la turistificación y que Asturias se vea desde las ciudades como un «refugio climático».

La sociedad urbanocéntrica ha estigmatizado el mundo rural y ha generado multitud de

Este sistema ha colonizado nuestra mentalidad y nos ha metido en esta burbuja.

estereotipos vinculados a él, también sobre las mujeres rurales. Gloria lo expone desde su experiencia en Alburquerque (Badajoz): «No se mira a la ruralidad y a las mujeres rurales desde dentro; estamos cansadas de que se nos analice y se simplifique lo que somos sin que se nos escuche. Todo esto dificulta que podamos ser vistas como protagonistas del cambio, cuando existe una enorme creatividad y acceso a conocimientos propios de las zonas rurales que hoy son sumamente valiosos, y también una gran diversidad entre nosotras». En este sentido va también la protesta de Livi al compartir el actual proceso de redacción del Proyecto de Ley del Estatuto de las Mujeres Rurales en Asturias. «Define a las mujeres en función de su lugar de residencia, con un enfoque homogéneo y además centrado en el empleo, el emprendimiento y la digitalización, lo que deja fuera, además, a las mujeres mayores que no



Aventado de lentejas en Tetir.
Foto: Juan Cabrera

1. Pérez Orozco, Amaia (2021). *El conflicto capital-vida*. Revista Trabalho Necessário. Disponible en PDF en researchgate.net

entran en esa lógica». Sin organizarnos, confrontar y desobedecer, dice Gloria, va a ser muy difícil dar la vuelta a todas estas lógicas y llegar a una economía feminista.

Más organizaciones agrarias feministas

Isabel Vilalba, del Sindicato Labrego Galego, señala que todos y cada uno de los territorios sufren violencias, sean fruto de procesos más complejos o más particulares, porque lo que se está expropiando es el único espacio de vida que tenemos, el propio planeta, y esta mirada global no debemos perderla para así sumarnos y aprender de las luchas de otras compañeras, que resisten estas violencias desde hace mucho más tiempo. Nombra a las campesinas de países de América Latina o de Palestina como referentes. «Solo organizándonos podemos contrarrestar estas políticas que nos agreden».

El Sindicato Labrego tiene más de cincuenta años de historia. «Hablamos desde un proyecto que pretende que se consolide el derecho a una alimentación saludable para todas las personas, especialmente las más vulnerables, no este modelo de alimentos agroecológicos certificados para quien pueda pagarlos».

Isabel comparte la trayectoria de su organización, que desde sus inicios fue muy consciente de la situación de las mujeres labregas y no solo trabajó por sus derechos profesionales, sino también por temas como la violencia de género o la anticoncepción, consolidando un espacio de propio, la Secretaría de las Mujeres y logrando en 2007 la paridad en todos los espacios de representación y decisión del sindicato. También fue importante conseguir en 2011 la ley de titularidad compartida de las explotaciones agrarias, aunque aún se sigue presionando a la administración para su desarrollo y aplicación. Sus áreas de trabajo son sumamente diversas: mercados locales, semillas campesinas, relevo, compra pública, formación, movilizaciones y campañas... y la articulación internacional con la Vía Campesina y sus escuelas feministas.

El Sindicato Labrego es un referente para muchas organizaciones agrarias críticas con el modelo agroindustrial y con el patriarcado, algunas de ellas emergentes, como la Xuntanza Campesina en Asturias, de la que forma parte Livi, o la Sindical Obrera Andaluza, que integra Ana junto a otras compañeras y que, por su realidad particular, tiene muy presente al colectivo

migrante que trabaja para las grandes agroexportadoras. «Exigimos derechos laborales plenos, regularización de la población migrante y abolición de la ley de extranjería. Estamos trabajando para que haya inspecciones laborales de verdad y por el fin de la impunidad patronal, con una mirada larga que busca alternativas laborales reales, recuperar el trabajo en el monte, la transición agroecológica y la reforma agraria», explica Ana. Los asuntos inmediatos para ellas son las campañas de empadronamiento y la sensibilización antirracista y, hasta el momento, han ganado todas las demandas laborales interpuestas, lo que les anima a continuar adelante.

Todas las participantes de la mesa están de acuerdo en la necesidad de integrar en lo cotidiano, en las militancias, trabajos y cuidados, una mirada radicalmente diferente pero a la vez radicalmente simple. «Hay que recuperar la capacidad de mirar la tierra como un organismo que nos proporciona la vida», así lo expresa Leticia Toledo, campesina agroecológica en la Sierra de Cádiz. «Yo no produzco alimentos, de eso se encarga la naturaleza. Yo en realidad soy cultivadora y lo que cultivo son relaciones. Me muevo en un espacio de relación continuamente y siento que es profundamente feminista situarse en esa relación porque se rompen las jerarquías, miramos desde otro lugar el poder. Gracias a la agroecología he entendido la profunda dependencia que tenemos unos de otros: naturaleza, trabajo, todo está conformado de relaciones, no hay nada aislado. Todo lo contrario de lo que transmite el patriarcado y la propia ciencia, que nos enseña a mirar de forma aislada».

Como dice Leticia, no nos damos cuenta de que lo que le pasa a la tierra nos está pasando dentro porque somos lo mismo. Hay que dejar de normalizar este malestar del conflicto capital-vida y aprender todo lo que la agroecología puede enseñarnos. Alrededor de Leticia y de su proyecto se ha conformado con los años una comunidad que se alimenta de lo que ella cultiva. Algo tan lógico y habitual a lo largo de siglos, hoy es «simplemente» subversivo. ●

Patricia Dopazo Gallego

Revista SABC

Los vídeos, resúmenes y otros contenidos del congreso están disponibles en congresoconomiafeminista.org

Amal El Mohammadiane Tarbift



LA SEMILLA QUE GUARDARON LAS MUJERES

Pequeña, humilde y resistente, esta legumbre forma parte del patrimonio biocultural de Canarias. En Fuerteventura, un proyecto agroecológico recupera su cultivo y los saberes campesinos que la mantuvieron viva durante casi dos mil años. Sus semillas, transmitidas de mano en mano, fueron custodiadas por las primeras pobladoras *amazigh* del archipiélago.

En una isla donde el viento marca el ritmo y la lluvia es un acontecimiento, una semilla enterrada bajo el suelo árido está despertando algo profundo e inesperado. La lenteja majorera se ha convertido en el centro de un proceso que recupera saberes agrícolas y formas de relación con la tierra que aún perviven en la cultura campesina de Fuerteventura.

Durante casi dos mil años, esta legumbre ha atravesado discretamente la historia de Canarias. Ha sobrevivido a conquistas, cambios culturales y transformaciones agrícolas. Hoy, la ciencia

confirma lo que durante generaciones se transmitió en los campos y en las cocinas del archipiélago: la variedad que todavía se cultiva en las islas es, literalmente, la misma que sembraron sus primeros pobladores.

Un estudio genético internacional liderado por la Universidad de Linköping y la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria ha revelado que las lentejas actuales de Canarias descienden directamente de las que trajeron las poblaciones norteafricanas que llegaron al archipiélago alrededor del siglo III d. C.

Tras analizar el ADN de semillas arqueológicas halladas en antiguos silos, el equipo investigador comprobó una continuidad genética de casi dos milenios, un fenómeno poco habitual en la historia agrícola europea.

La bióloga, botánica y agroecóloga Fayna Brenes Quevedo (Tetir, Fuerteventura) observa esta planta más allá de la curiosidad científica. Implicada tanto en la investigación como en su difusión social, la mira con una mezcla de fascinación académica y emoción política.

«Es una de las primeras plantas domesticadas por la humanidad y conecta directamente con la población *amazigh*», explica, subrayando su valor como patrimonio biocultural del archipiélago.

El estudio, titulado *El ADN antiguo de lentejas ilumina las interacciones entre humanos, plantas y culturas en las Islas Canarias*, cuestiona una idea muy extendida: que la agricultura indígena desapareció tras la conquista europea en el siglo xv.

El análisis genético cuenta otra historia. Las semillas encontradas en depósitos prehispánicos muestran una continuidad inesperada. No hubo sustitución completa de cultivos, sino una resistencia cotidiana que logró mantenerse durante siglos.

Para Fayna, esa continuidad no se explica únicamente por factores agrícolas o ambientales. También tiene que ver con quién sostuvo la vida cotidiana tras la conquista. «Fueron las mujeres indígenas quienes guardaron y seleccionaron estas semillas», enfatiza. Mientras el orden social se desmoronaba, ellas mantuvieron vivas las prácticas agrícolas dentro del ámbito doméstico, preservando un conocimiento que siguió transmitiéndose de generación en generación.

Gracias a esa labor de selección y cuidado, la lenteja logró adaptarse durante siglos a un territorio extremo: suelos volcánicos pobres, escasez crónica de agua y un aislamiento geográfico que favoreció una evolución genética singular.

Vínculos con la tierra

Hoy, ese legado vuelve a ocupar un lugar central. El proyecto de revalorización y cultivo de esta variedad, impulsado por la Universidad de Las Palmas de Gran Canaria a través del programa UniRural, busca rescatar estas semillas resilientes y devolverlas al paisaje agrícola de las islas, reforzando el vínculo entre comunidad, historia y territorio.

Como dice Fayna, «las semillas no son solo semillas, también cuentan historias y son

Hay algo innato en el ser humano que cuando lo pones en contacto con la naturaleza... se enamora.

memoria». Ese vínculo sigue vivo entre quienes han convivido con esta siembra durante décadas.

En Tetir, al norte de Fuerteventura, Lupe Balsera lo recuerda con la naturalidad de quien lo ha vivido desde niña. Nació en Villaverde hace 82 años y todavía hoy sigue sembrando. «Planté muchas lentejas, arranqué muchas lentejas y comí muchas lentejas y sigo comiendo lentejas y todavía sigo plantando algunas cuando llueve, aunque ya no puedo hacerlo mucho, pero me gusta».

Sin embargo, ese paisaje agrícola convive hoy con profundas transformaciones. Durante décadas, el campo ha sido abandonado frente al peso del turismo y los servicios. Ahora, aclara Fayna, empieza a surgir un nuevo interés por volver a la tierra, incluso entre personas que no crecieron en el mundo rural.

Pero el regreso es cada vez más difícil. «Antes te podías ir al campo, pero ahora hay vacacional hasta en el pueblo más recóndito», señala con preocupación. Aun así, observa un cambio de percepción, ejemplificándolo con la alimentación: «la gente empieza a darse cuenta del valor real de la comida».

Aprender a sembrar

El trabajo de Fayna con esta legumbre llega también a las aulas para reconstruir la relación entre infancia, agricultura y alimentación. A través de huertos escolares y proyectos educativos, su propuesta busca que alumnado y familias redescubran el valor de los alimentos tradicionales y del conocimiento transmitido entre generaciones.

Uno de los ejes es la siembra de lentejas en colegios. «Ya sembramos, recogimos hasta la segunda camada de lentejas preciosas. Ha llovido mucho este invierno», relata con especial alegría, después de varios años encadenados de sequía.



Fayna Brenes junto a lentejas mayoreras.
Foto: Carlos de Saa

El alumnado participa en todo el proceso: preparar la tierra, usar el sachó, regar y cuidar el cultivo.

El contacto con la tierra despierta sorpresa entre jóvenes que nunca imaginaron que estos cultivos pudieran crecer en su entorno.

Es el caso de Lucía Berkey Ochoa, de 16 años, del municipio de La Oliva: «No me veo trabajando en el campo, pero sembrar las lentejas mayoreras ha sido un gran aprendizaje. No sabía que podíamos plantarlas aquí». Para ella, la experiencia fue todo un descubrimiento: «Ha sido muy formativo... y superdivertido».

Este aprendizaje suele terminar en la cocina. En una de las ediciones del proyecto, el cierre fue un gran potaje preparado para todo un colegio. «Esos chiquillos ahí comiéndose el potajito, vueltos locos», recuerda Fayna. Para sorpresa de muchas familias, algunos niños que en casa rechazaban las verduras disfrutaban del plato.

La receta venía de la tradición familiar: «Era de una abuela, muy antigua, y llevaba carne seca de cabra, un vestigio de cuando se secaba la carne».

Para Fayna, ese gesto resume el sentido del proyecto: recuperar recetas sencillas que conectan historia, territorio y memoria.

«Al final, la infancia es la esperanza». El contacto con la tierra despierta un entusiasmo que desmiente muchos prejuicios sobre las nuevas generaciones. «Tú les pones a echar estiércol y están peleándose por hacerlo», cuenta entre risas. «Hay algo innato en el ser humano que cuando lo pones en contacto con la naturaleza... se enamora».

Memoria entre generaciones

Este aprendizaje práctico se conecta con otra iniciativa impulsada por Fayna, «Pregúntale a tu abuela», un proyecto en el que el alumnado investiga la memoria culinaria y medicinal de su propia familia. En la mayoría de los casos, son las abuelas quienes conservan ese conocimiento. «Son la fuente de sabiduría y de arraigo con la tierra».

La propuesta busca tender puentes entre generaciones que a menudo apenas dialogan. De repente, adolescentes hablaban con tiempo por primera vez con sus abuelas, recordando historias y conocimientos que rara vez se comparten en el día a día. Esas conversaciones, grabadas en el móvil, se transforman después en pósters que recogen información sobre plantas medicinales y otros saberes tradicionales.

Mar Gallego



Foto: Carlos de Saa

La cocina y sus tiempos

Para Fayna, la lenteja majorera tiene una gran dimensión simbólica: «Lo representa todo. Es tan humilde, tan de abuela, tan de caldero, tan de cocina, tan de hogar que nos enraíza con el pasado de Canarias». Sentarse a comer juntas, ahora, comenta, es un acto político importantísimo. Recuperar el cultivo implica, sobre todo, recuperar el tiempo para cuidar y conversar.

Esa filosofía se pone a prueba con el clima de Fuerteventura. Mediante innovaciones agroecológicas «como surcos profundos y acolchados de estiércol para frenar la evapotranspiración», el proyecto ha logrado cosechas incluso en pleno verano, desafiando la aridez majorera.

Pero el objetivo de la siembra no es crear un producto gourmet para una élite, sino un alimento básico para la comunidad. «Queremos que esta lenteja llegue a los comedores escolares y a las casas. Me han venido señoras mayores, emocionadas, a decirme que llevaban años sin comer las lentejas que ellas mismas cosechaban de niñas».

La lenteja majorera se convierte así en una defensa del común frente a la mercantilización. «La semilla es para el pueblo. Si sobra, ya se mandará fuera, pero primero es nuestra», afirma.

Guardianas contra la mercantilización de la gastronomía

Una de las claves del proyecto es la creación de una red de «guardianas y guardianes» que cultiven la lenteja para garantizar su conservación.

«Una sola semilla te da cien», explica Fayna. Pero el cultivo tiene particularidades: la siembra es sencilla, mientras que la recolección requiere muchas manos. Por eso el proyecto se apoya en

una red comunitaria basada en el apoyo mutuo. «Si alguien necesita ayuda para recoger, todos vamos. Así se crea un trasvase de información, de ayuda y de cuidados».

Para Fayna, la agroecología solo tiene sentido si rompe con lo que llama «la sociedad del guerrero y de la muerte», un sistema que prioriza la épica individual y el mercado sobre el cuidado colectivo. También es una forma de reivindicar los saberes invisibilizados: «Cuando las tareas las hacemos las mujeres, carecen de valor; pero cuando pasan a manos de un hombre, se vuelven épicas, convirtiéndose en los “chefs de la vida”». Detrás de esa misoginia hay un profundo desprecio a la vida misma».

El proyecto concluye con una invitación clara: desplazar el foco del prestigio de lo gourmet hacia lo que realmente sostiene la vida: «recuperar el valor de las mujeres, de la infancia y de nuestros mayores».

Sin embargo, la revalorización gastronómica también puede desempeñar un papel clave para que el cultivo tenga futuro. La incorporación de la lenteja majorera en recetas contemporáneas y en la restauración local permite cerrar el ciclo entre quien produce y quien consume, además de dar visibilidad a un alimento que forma parte del patrimonio biocultural de las islas.

Algunos restaurantes canarios ya colaboran en esta recuperación y han sido reconocidos como establecimientos aliados del proyecto que apuestan por los productos de siempre y se atreven a reinterpretar, con mirada contemporánea, las recetas heredadas de las abuelas.

De este modo, la cadena que une memoria, cocina y territorio vuelve a encontrarse. Bajo las estrías del paisaje semidesértico de Fuerteventura, la lenteja seguirá resistiendo la sequía y un sistema que olvida que la verdadera economía es la que, como la primera mujer que guardó una semilla en su bolsillo, sabe que su propósito final siempre ha sido el mismo: alimentar la vida. ●

Amal El Mohammadiane Tarbift

Revista SABC

CARTAS QUE NO LLEGAN

«A vosotros, los muertos, os dejarán sin tiempo; a nosotros, los supervivientes, nos dejarán sin lugar».

María Zambrano

He perdido la cuenta de los años dedicados a la palabra social: la que buscaba justicia y arropo. La del punto de vista descentralizado y las entrañas recogidas hacia dentro desde el patio de una casa que —como indica una canción de la infancia— casi siempre «es particular».

De todos los espacios de conversación me fui con más razones para seguir articulando sentidos en torno a lo común. Algunos, de tan evidentes, me quemaban las manos por no haber sido capaz de dedicarle atención a lo que, gracias al generoso abordaje de tantas compañeras, ahora me resulta tan obvio.

Ver lo que siempre estuvo ahí, lo que no fui capaz de entonar antes, ha sido el viaje más fascinante de este caminar feminista. Redescubrir lo ordinario, encontrar también allí semillas para el cambio. Aprender la lección del «como vaya yo y lo encuentre» y entender que yo tampoco enfoqué la mirada en esa prenda de ropa que descansaba en algún lugar de lo cotidiano y que, tiranamente, le pedía a mi madre que buscara. Antonia, por cierto, se llamaba.

Volver a mirar y mirar... Lo dijo Alejandra Pizarnik: que «la rebelión consiste en mirar una rosa hasta pulverizarse los ojos». Quizás esto de mejorar el mundo va, también, de llevar la mirada hacia esos lugares donde la damos por hecho.

En este sentido, ha sido clave —lo ha sido para esta niña criada entre los manchones de una antigua frontera castellano-nazarí— reconocer que mi mirada para con el entorno de la casa ocupaba el lugar de la imperialista. Que el acceso que yo tuve a la palabra académica —al mundo de la razón— generó un abismo entre la casa y yo.

«Juntas muy bien unas palabras con otras» fue la sinopsis y la crítica literaria que Antonia me entregó tras leer mi trabajo de fin de máster. Innegable la delicadeza con la que se armó para expresarme que no había entendido ni papa de aquel documento lleno de justificaciones e imposuras que tenía como fin, no tanto incidir en una realidad concreta, sino aprobar la realidad objetiva y exacta que descansa en todo examen.

Y es que hay palabras que abrazan y otras que separan aun juntándose. Discursos que nos llevan al abismo de los cielos; nunca al suelo (lo *fregao*) que casi siempre acabamos pisando por tener la vista en algún otro horizonte: en la escalada larga y fría del ascenso laboral y social de la que nos habló Remedios Zafra en *El entusiasmo*. En esta, nos dijo, hay a quienes «casi sin hacer, solo con ser, ya se les espera».

Algunas, tras darnos cuenta del artefacto de la idealización, hemos hecho esfuerzos por bajar, de nuevo, a los cimientos todos esos marcos teóricos que nos habían venido graduando, desde tiempos inmemoriales, la vista. Marcos que, sin un lugar concreto donde ubicarlos, nos servían para poco más que para colgar fotos en las paredes.

Como decía María Zambrano, «sabido es que lo más difícil no es ascender, sino descender». Sin embargo, la hegemonía nos impone el ascenso —el viaje platónico de las ideas— desde conceptos extraídos de una abstracción sin código postal, sin experiencia y sin cuerpo.

También, en algunos feminismos, nos hemos olvidado del cuerpo en pro de definir un único universal que nos sirviera a todas.

Ilustración
de Araceli Pulpillo



La idealización ha roto amistades. Nos ha arrebatado, muchas veces, a quienes bien nos hubieran podido acompañar en algo tan concreto y situado como calmar el hambre. El hambre, para Miguel Hernández, era el primero de los conocimientos. El hambre necesita de la urgencia de la materia, lo sabe.

Cuando le ponemos lugar, día y hora a nuestras conversaciones teóricas, la práctica misma las pone en su sitio. También a nosotras.

El trabajo de campo nos pedirá más silencios que palabras. Más escucha. Sus resultados nunca tendrán la coherencia y la lucidez de las ideas, pero multiplicarán los panes que podremos llevarnos a la boca. Nos devolverá, no lo sé, a las amigas que perdimos.

El regalo de vuelta es, ni más ni menos, que la verdad misma:

«Es la verdad naciente y renaciente, operante, la que solo cobra su sentido al ser vivida, al transformar una vida, mas no violentando como la vocación filosófica del mito de la caverna, sino sometándose a la ley de la vida que es el tiempo. El suceder temporal. Y por eso no podía aceptar su ascensión al cielo de la objetividad; está sometida al influjo del tiempo, cuenta con él y vive en él. Todo vivir es en el tiempo, y la experiencia no es sino el conocimiento que no ha querido ser objetivamente universal por no dejar al tiempo solo». Otra vez, María Zambrano.

La malagueña nos señaló una de esas evidencias que no vimos. ¿Hemos anulado el

espacio-tiempo en nuestras divagaciones? ¿A dónde, entonces, vamos a llegar?

No dar un tiempo y un lugar a nuestros proyectos de emancipación feministas se parece a renunciar a la potencia que nos llevaría a verlos, imperfectamente, materializados. Cuando al espacio-tiempo —en las teorías— ni viene ni se le espera, podemos llegar a creer que lo que falla es la vida misma; y no ellas. Hemos tachado tantas veces de incoherentes a las inercias vitales porque no encajaban en nuestras idealizaciones sin tierra...

«Jamás se nos ocurre mirar la tierra que pisamos cada día de nuestra existencia, aunque la mayoría de las veces esa tierra pisoteada es el único tesoro accesible: un lugar insignificante en el universo». Lo escribió Felipe Benítez Reyes.

A nuestro conocimiento situado (Donna Haraway) le ha faltado, muchas veces, la situación misma. Cabe preguntarse por qué hemos llegado a creer que todo nos sitúa menos eso. Qué nos lleva a omitir en nuestros discursos el suelo que pisamos.

Tras mucho divagar, he llegado a la siguiente conclusión: las teorías que obvian la ubicación son como correspondencias sin dirección postal. Papeles que acabarán perdiéndose en el universo.

Cartas que no llegan. ●

Mar Gallego

Comunicadora y ensayista.

Obrera de la incultura

margallego.substack.com

Notas para una crítica agroecológica al patriarcado

Sergio S. Taboada

En un momento como este, en el que una parte importante del sector agrario parece haberle declarado la guerra al feminismo y al ecologismo, considero pertinente reflexionar sobre el modo en que la agroindustria logra conducir a la masculinidad hacia posiciones cada vez más reaccionarias, sobre cómo se expresa el orden patriarcal en contextos rurales y cómo nos afecta a los hombres que los habitamos. La Fundación Entretantos me invitó a plasmar algunas de estas reflexiones en un documento que acaba de publicarse y que quiero invitar a leer con este artículo.

Una conversación difícil

No me considero un entendido en la materia, aunque a fuerza de darle vueltas creo que algo consigo ir comprendiendo. En cualquier caso, estoy convencido de que tanto la agroindustria como el patriarcado hacen de este mundo un lugar cada vez más inhabitable y hostil para la vida, y que su poder destructivo alcanza hoy una magnitud ya insoportable como para no hablar de ello.

A veces siento que la necesidad de entablar una conversación sobre la masculinidad en el ámbito rural y agrario es acuciante y compartida por mucha gente. Otras veces percibo que genera una gran resistencia, o incluso rechazo. Cada vez que intento escribir o hablar sobre ello, siento un peso y una tensión enormes, que no siempre soy capaz de sostener. La masculinidad está demasiado asociada a la violencia como para tratarla con ligereza y a los hombres no nos gusta nada vernos reflejados en ese espejo. Pero viendo el resultado que tiene evitar la incomodidad que nos produce, creo que merece la pena hacer un esfuerzo. Además, me parece que, en el ámbito

de la agroecología, donde al menos en teoría está muy consolidada la perspectiva ecofeminista, contamos con un potencial muy valioso, tanto para desarrollar un análisis crítico de la masculinidad patriarcal, como para politizar el malestar masculino del sector agrario y conducirlo hacia una vía emancipadora.

Cuanto más pienso, escribo y hablo sobre esto, más considero lo necesario que es abrir una conversación entre hombres en la que plantearnos colectivamente algunas preguntas para las que aún no tenemos respuestas: ¿Cómo sería una masculinidad basada en los principios de la agroecología y en los valores del ecofeminismo?, ¿somos capaces de imaginar una masculinidad a favor de la vida?, ¿en qué consistiría exactamente?, ¿en qué se diferenciaría del modelo impuesto por el patriarcado agroindustrial?, ¿pensamos en ello?, ¿hablamos sobre ello?, ¿no sería interesante que los hombres comprometidos con la agroecología reflexionáramos colectivamente y compartiéramos nuestro sentir y nuestra experiencia al respecto?, ¿acaso no tendríamos una contribución valiosa que ofrecer?



Foto: Sergio S. Taboada

El tractor vino a elevar el estatus del campesino, a ascenderlo en la jerarquía transformándolo en empresario.

Yo tan solo puedo colocar unas pocas piezas en este complejo rompecabezas, las que pude ir encontrando hasta el momento. Pero hacen falta muchísimas más voces expresando sus propios sentires, reflexiones y experiencias para que, entre todos, lo vayamos componiendo. Porque el único modo de apreciar la dimensión política que tiene es poner en común todo aquello que nos guardamos dentro.

Patriarcado agroindustrial

Desde sus inicios, la industrialización agraria no hizo más que aplastar cada una de las biodiversidades y culturas del planeta, desfigurándolo todo hasta dejarlo irreconocible. Por eso hace no mucho, durante las revueltas campesinas por el pan y por la tierra, la hoz era un símbolo indiscutible de las movilizaciones populares, pero en las actuales protestas agrarias contra el Mercosur, el protagonismo es para los tractores.

El tractor vino a elevar el estatus del campesino, a ascenderlo en la jerarquía transformándolo en empresario. Además, también aumentó su capacidad productiva hasta límites insospechados, gracias a la pócima mágica del petróleo, que multiplicó su poder logrando que un solo brazo rindiera como si fueran cientos. Pero el progreso tecnológico que nos liberó del subdesarrollo no eliminó las jerarquías, sino que las reforzó aún más, y ahora los hombres del sector agrario pueden medirse entre sí en función del tamaño de sus tractores. La agroindustria patriarcal impuso un nuevo orden dominado por las corporaciones transnacionales y los fondos de inversión, aunque abajo, como siempre, siguen quedando los perdedores, porque la miseria no desaparece, tan solo se reordena. Y entre los unos y los otros, nos encontramos la inmensa mayoría, tratando de mantenernos a flote como podemos.

En el patriarcado agroindustrial, el poder consiste en adueñarse de la mayor cantidad posible de vidas y territorios para someterlos en beneficio propio. Es decir, para sacrificarlos en la rueda del gran negocio agroalimentario. Lo cual es terriblemente perverso, ya que obedece a una lógica genocida y biocida muy adecuada para el sistema de muerte que nos gobierna, pero supone un absoluto sinsentido para la producción alimentaria, que depende totalmente de la reproducción de la vida. En este desenfreno extractivista, devoramos territorios uno tras otro, hasta dejarlos inertes, y nos acercamos cada vez más peligrosamente al abismo, aunque la voracidad del capital parece no conocer límites.

La producción agraria nunca estuvo sometida a una mayor presión: ventas a pérdidas, acuerdos de libre comercio, desastres climáticos, deudas impagables, ayudas insuficientes, exigencias burocráticas excesivas... La situación es abrumadora, pero a nadie parece importarle, porque damos por hecho que los estantes de los supermercados seguirán siempre llenos pase lo que pase. El problema es que cuando los hombres nos vemos atrapados en un callejón sin salida, la masculinidad patriarcal nos ofrece un desahogo demasiado fácil y rápido como para no resultar tentador: descargar nuestra frustración sobre quien no pueda defenderse. Porque la única solución que conoce el patriarcado consiste fundamentalmente en eso, en autorizarnos a liberar la rabia para convertir nuestra impotencia en prepotencia. Aunque no resuelve nada, porque no alivia el dolor y además multiplica los daños, ya que el sufrimiento, en lugar de desaparecer, se contagia a nuestro alrededor y se instala en nuestras vidas definitivamente.

Defender la vida

El binomio agroindustria-patriarcado es terriblemente eficiente, porque logra transmitir la (o)presión siempre hacia abajo. Al darnos derecho a descargar la violencia que recibimos, se asegura de que mantenemos la cadena del sacrificio en funcionamiento. Por eso, cuando los hombres liberamos nuestra rabia hacia abajo, solo estamos manteniendo la olla a presión en su justo nivel para que no estalle todo por los aires, mientras que el poder corporativo continúa impune, haciendo sus negocios desde arriba con el despojo generalizado. La alternativa a la masculinidad patriarcal, por lo tanto, no puede ser contener la rabia, ya que existen motivos más que suficientes

para sentirla y expresarla. Además, la rabia que producen las injusticias no se puede acumular indefinidamente. Si no le damos salida, corremos el riesgo de rompernos por dentro. Pero en lugar de rompernos entre los de abajo, podemos organizar nuestra rabia para romper la cadena, canalizando esa energía tan poderosa hacia una acción colectiva transformadora. ¿No es justo eso lo que hace que el feminismo tenga sentido para las mujeres? Tal vez así, la fuerza que le suponemos a la masculinidad pueda servirnos para otra cosa. Porque la rabia puede ser liberadora si la dirigimos contra esta maquinaria de muerte que solo alimenta a los especuladores del mercado. ¿No sería esta una estrategia mucho más coherente con la causa de la soberanía alimentaria?

Al estudio crítico de la masculinidad patriarcal tal vez le vendría bien ampliar su enfoque examinando las realidades rurales y agrarias. El movimiento agroecológico, por su parte, puede contribuir desarrollando una visión propia de la masculinidad que sea emancipadora. Porque, como dice el pueblo nasa de Colombia, para liberar a la madre tierra, antes debemos liberar nuestra propia mente, que también se encuentra colonizada. Por lo tanto, si encontramos un modo para que la masculinidad rural pueda orientarse a favor de la vida, la agroecología se verá beneficiada. Esto no parece una tarea nada sencilla. De hecho, podemos estar seguros de que será dura y complicada. Sin embargo, ¿cuál es la alternativa?, ¿observar cómo la desolación arrasa con todo? Confío en que, por lo menos a algunos, nos sentaría bien poder iniciar una conversación al respecto.

Sergio S. Taboada

Revista SABC

El documento *Apuntes para un análisis de la masculinidad desde una perspectiva rural* puede leerse en: www.entretantos.org



Ana Geranios

Dos hormigas colaboran para transportar el sustento un agosto al amanecer en el cerro Coro de Grazalema.

Foto: Ana Geranios

NO SE PUEDE VIVIR SIN TRABAJAR,

¿POR QUÉ LO CONTRARIO SÍ?

TÍA: ¿Es que te parece que yo no he trabajado?

AMA: Con las puntillas de los dedos, con hilos, con tallos, con confituras; en cambio, yo he trabajado con las espaldas, con las rodillas, con las uñas.

TÍA: Entonces, gobernar una casa ¿no es trabajar?

AMA: Es mucho más difícil fregar sus suelos.

Doña Rosita la Soltera o el lenguaje de las flores (1935)

Federico García Lorca

Aunque no te conozca, creo que puedo intuir algo sobre ti: cuando estabas en el colegio, alguien te preguntó alguna vez qué querías ser de mayor. Es muy probable que no una sino varias veces. Iban pasando los años y la pregunta llegaba desde diferentes frentes: la familia, las amistades, los vecinos. Llegó un momento en el que elegiste una respuesta, una palabra arbitraria que definía una labor que inocentemente idealizabas, por motivos diversos. Para cuando volvía a aparecer

esa pregunta, ya tenías qué contestar, incluso tu gente más cercana podía responder por ti, ya que tu vida se fue definiendo, de alguna forma, según esa elección fortuita e ilusionante; se podía atisbar tu destino, lo que te iba a configurar de forma completa, ya que con existir tal como eras parecía no resultar suficiente. Quizá no recuerdes cuándo fue la primera vez, pero aquella pregunta te abría una nueva puerta al mundo y te recibía con una pancarta que decía: «Bienvenida a la clase trabajadora».

Hay que trabajar, trabajar es imprescindible. Para trabajar tomamos pastillas que esconden los dolores de regla, comemos en quince minutos delante de una pantalla o conducimos durante cuatro horas para ir y volver a nuestro puesto. Todo esto pasa. Muchas de las personas que cogen el coche a diario para trabajar publican el trayecto en plataformas de compartir viaje y así suplen gastos. Durante meses como pasajera asidua, me propuse hacerle una pregunta a quien conducía, siempre la misma, en ese espacio íntimo pero también superficial, al límite de la confianza, que era estar dentro del coche de alguien desconocido desde el punto A hasta el punto B. Tras los primeros titubeos y datos cogidos al vuelo, llegaba el lanzamiento: «¿te gusta tu trabajo?». Pude recolectar escasas respuestas positivas. La mayoría respondía mientras negaba con la mirada fija en la carretera, se encogía de hombros o lanzaba una risilla nerviosa y auto-compasiva. Algunas que decían que sí, también dudaban. La rotundidad nunca fue una característica del amor por el trabajo.

Caminemos hacia el biosindicalismo

En mi espontánea investigación que va de lo micro a lo macro, he descubierto que hay ciertas condiciones que se repiten en quienes afirman que sí les gusta su trabajo. Independientemente de que la actividad realizada sea fruto de sus deseos o meramente circunstanciales, hay un regustillo agradable en quienes aseguran que, en sus jornales, se cumplen estas características: existe compañerismo y buen ambiente laboral, ejercen la actividad de forma segura y sin agotarse, se respetan los horarios, el turno partido no existe y se cobra un salario digno. Nada más y nada menos que lo mínimo que debería garantizar un empleo resulta ser síntoma de felicidad. Pero hay un par de requisitos extra capaces de generar chiribitas en los ojos, mariposas en el estómago; que promueven la realización simbólica de volteretas y festejos en quienes pueden disfrutar de dos máximas en sus trabajos, que no son más que la autogestión de los turnos y el reparto de tareas.

Si algo se merece la clase trabajadora, que por el hecho de pertenecer a ese grupo mayoritario no está exenta de llevar a cabo otras actividades

El cuidarse y cuidar a los demás en el trabajo tiene nombre, se llama biosindicalismo.

básicas y necesarias como el comer, el descansar, el querer, el cuidar, el limpiar, etc., es poder tomar decisiones en el ámbito en el que se desarrolla profesionalmente para cambiar su tiempo por dinero. Las teorías que defienden la abolición del trabajo son preciosas, motivantes, poéticas: servirán. A día de hoy son solo palabras. Quienes las pronunciamos acabamos trabajando o mantenidas. Mientras haya que trabajar, debe existir el derecho a poner la vida por delante y que el equipo de trabajo tenga el poder de autorregular lo que puede producir y cómo, buscando el bien común del equipo, no el bien de la empresa, aunque esta salga ganando. Y no solo es necesario recordarlo y exigirlo a quien nos contrata, sino imponérselo como forma de relacionarnos, de habitar el cuerpo que sufre mientras trabaja. El cuidarse y cuidar a los demás en el trabajo tiene nombre, se llama biosindicalismo y lo ha acuñado el colectivo Territorio Doméstico de trabajadoras del hogar y los cuidados.¹ No es casualidad que sea este sector, eminentemente ocupado por mujeres, quienes hayan dado un paso al frente en la lucha laboral en nuestra época. Los trabajos que se encargan de los cuidados son también los que más maltratan a sus trabajadoras. Como ellas, las kellys (las que limpian en establecimientos hoteleros) también han conseguido hacer públicas y notorias sus condiciones laborales, tan abusivas y violentas con sus cuerpos. Sus luchas, basadas en

1. Biosindicalismo desde los territorios domésticos. Nuestros reclamos y nuestra manera de hacer, de Rafaela Pimentel, Constanza Cisneros, Amalia Caballero y Ana Rojo (en conversación con compañeras de Territorio Doméstico y del Observatorio Jeanneth Beltrán), 2021.

Bombo Ndir Fall

La vida no puede ser eso que falta cuando se está trabajando; la vida forma parte del trabajo y la vida es, también, no trabajar.

el apoyo mutuo y la justicia, demuestran que algo podemos hacer, que nuestro derecho como trabajadoras no es solo trabajar y recibir un sueldo, sino hacer lo posible por mejorar nuestra situación desde dentro, con las demás.

Que la vida sea mejor

Los centros de ancianos, las residencias de mayores y los pisos tutelados para personas de la tercera edad están llenos de hombres y mujeres, pero sobre todo de mujeres, a las que se les llena la boca al decir que tienen unos hijos muy buenos, muy trabajadores. Trabajan mucho y por eso no tienen tiempo para ir a verlas. Se lo cuentan a quien se tercia, quizá recordando sus propias vidas, protagonizadas desde la niñez por eso mismo, por trabajo, mucho trabajo. Parte del salario de esos hijos está destinado a pagar el hogar colectivo de sus predecesores, ya que las jornadas no permiten cuidar a la familia. Sin duda, en esta ecuación algo sobra, o falta, o está mal colocado. Algo que tiene que ver, de nuevo, con la vida. Y es que la vida no puede ser eso que falta cuando se está trabajando; la vida forma parte del trabajo y la vida es, también, no trabajar. Todo lo colectivo es necesario, a todos los niveles, para combatir las injusticias laborales que soportamos: sindicarse y asociarse con colectivos que luchan por mejorar las condiciones tanto laborales, de consumo y de acceso a la vivienda basadas en el anticapitalismo,

el ecologismo y el feminismo; apoyar a medios independientes que tratan la información que de verdad tiene en cuenta a la población y que no funcionan solo como altavoz de los personajes políticos de turno; además de aliarse con las compañeras para poder ir ganando terreno en nuestras labores del día a día.

Somos trabajadoras, sí, y en nuestros puestos de trabajo también somos madres, hijas, vecinas y amigas. No somos robots, aunque seamos fácilmente suplantables en nuestro trabajo. Afortunadamente, estamos vivas, y eso es una suerte. Normalizar hacer los cambios que necesitamos sin que deban tener el visto bueno del jefe puede ser una pequeña batalla ganada que nos otorga cierto poder en el trabajo o en nuestras vidas. Cambiar de turno, hacer las cosas a nuestra forma, descansar más veces y más tiempo, todo ello sin pedir permiso, cuidando unas de las otras, pueden ser algunas pequeñas decisiones que sumen, que nos ayuden en lo cotidiano. No decir siempre que sí, plantear nuestras necesidades de forma sincera, preocuparnos por las compañeras... es parte del camino.

Con cierto carácter retroactivo, me atrevo a preguntarle a quien fue todas las mañanas al colegio desde las 9:00, a ti que me lees desde el siglo XXI, qué hubieras contestado si, en lugar de oír la cantinela de qué querías ser de mayor, te hubieran preguntado cuáles querías que fueran tus condiciones laborales. Quizá esta pregunta te sitúe en el mismo lugar en el que te encontrabas cuando todavía no sabías qué contestar, cuando no tenías ni idea de lo que significaba trabajar, en un limbo de dudas y expectativas, ya que eso de tener buenas condiciones laborales es un espejismo, en todos los sectores, en todos los formatos de negocio, en todas las actividades: es a lo que nos hemos acostumbrado. Desde ese lugar ingenuo te animo a que respondas, también a que pruebes algo nuevo y, si no sale, otra cosa. A que acciones y observes, buscando lo mejor para quienes trabajáis y para otras trabajadoras. Desde ese lugar ingenuo te animo a que trabajes mejor solo por un motivo: que tu vida sea mejor. ●

Ana Geranios

Periodista y artista multidisciplinar

La tontine

ECONOMÍA PARA SOSTENER LA VIDA Y CONSTRUIR AUTONOMÍA COLECTIVA

Las prácticas de autofinanciación colectiva desarrolladas históricamente por mujeres en distintos territorios africanos constituyen no solo mecanismos económicos informales, sino verdaderas arquitecturas políticas de resistencia. Entre ellas, la *tontine* o caja de resistencia emerge como una forma de economía comunitaria que desafía los principios del capitalismo financiero y la herencia colonial en la organización de la vida económica.

En numerosos contextos africanos, especialmente rurales, las comunidades organizaban intercambios basados en el trabajo colectivo, la reciprocidad y el tiempo compartido. Antes de la introducción de la moneda colonial, el tiempo funcionaba como capital social y la confianza como garantía. La *tontine* hereda esa lógica y la adapta a contextos monetarizados, manteniendo su fundamento relacional.

La tontine como banco comunitario

La *tontine* funciona como una forma de banca comunitaria basada en la confianza, el compromiso colectivo y la responsabilidad compartida. Cada mujer aporta una cantidad periódica y, mediante un sistema rotativo acordado en asamblea, recibe el fondo común para desarrollar un proyecto personal o responder a una necesidad vital.

No existen contratos formales ni garantías bancarias. El sistema se sostiene sobre la palabra, que en la estructura central de la comunidad es sagrada, y sobre la posibilidad de exclusión simbólica ante el incumplimiento. La sanción más fuerte no es económica, sino social: la pérdida de credibilidad dentro de la red.

El poder no es jerárquico ni vertical, es rotativo. Cuando una mujer recibe el fondo, adquiere

capacidad de decisión económica, pero está enmarcada en la responsabilidad hacia el grupo. En muchos casos, la gestión se renueva periódicamente, la caja funciona con varias llaves distribuidas entre distintas mujeres y el dinero se cuenta públicamente en asamblea antes de cada distribución. Estos mecanismos refuerzan la transparencia y previenen la concentración de poder.

Economía feminista y crítica al capitalismo colonial

Desde la economía feminista, autoras como Silvia Federici han señalado que el capitalismo se construyó sobre la expropiación del trabajo reproductivo de las mujeres y la subordinación de los cuerpos feminizados. La acumulación originaria fue también una reorganización violenta de la vida que desplazó formas comunitarias de sostenimiento hacia lógicas de propiedad privada, salario y deuda.

En este contexto, las *tontines* pueden interpretarse como formas de resistencia a esa lógica de acumulación. Priorizan la reproducción de la vida sobre la maximización del beneficio, el vínculo comunitario sobre el contrato jurídico, la confianza y la palabra sobre la garantía material, y la redistribución rotativa sobre la acumulación individual.

Desayuno comunitario tras la sesión tontine en Dakar, Senegal.
Foto: Bombo Ndir



El feminismo descolonial, representado por pensadoras como Ochy Curiel y María Lugones, invita a comprender cómo la colonialidad del poder, del género y del saber ha deslegitimado sistemáticamente las formas económicas no occidentales, clasificándolas como «informales» o «no modernas». Desde esta perspectiva, la tontine no es una economía marginal, sino una racionalidad económica alternativa, basada en la interdependencia, el cuidado y la ética relacional.

Genealogías africanas de organización económica femenina

Las «Nanas Benz» de África occidental, especialmente en Togo y Camerún, constituyen un ejemplo histórico de organización económica femenina a gran escala. Estas comerciantes textiles, articuladas en redes solidarias, consolidaron poder económico a través de sistemas colectivos de financiación y comercio transfronterizo.

Lejos de reproducir una lógica individualista, regulaban la competencia y sostenían principios de complementariedad. La práctica de no vender el mismo producto que otra compañera en el mercado expresa esa ética comunitaria que rompe con la competencia capitalista. Este principio se vincula con la filosofía del Ubuntu —«yo soy porque nosotros somos», que sitúa la existencia individual dentro de una ontología relacional basada en la interdependencia.

Una dinámica clave en contextos migratorios y rurales

En contextos migratorios, las tontines adquieren una dimensión adicional. Las mujeres migrantes trasladan estos saberes financieros ancestrales a Europa y generan redes de apoyo que suplen las carencias institucionales. Muchas participan con un proyecto vital concreto, como financiar los estudios de sus hijas e hijos. Es el caso de Fatoumata, cuyo objetivo era que su hija accediera a estudios superiores en Francia.

Otras mujeres utilizan el fondo rotativo para crear negocios propios. En Barcelona, N. G. reunió el capital necesario para iniciar una empresa de compra y reventa de hierro, pagando la licencia del gremio de reciclaje en un sector fuertemente masculinizado. El apoyo colectivo permitió la formalización de su actividad y disputar un espacio laboral tradicionalmente reservado a los hombres.

En la diáspora, las tontines también han facilitado el acceso a tierra en los países de origen. Un grupo de 31 mujeres en Barcelona ha podido adquirir parcelas para construir sus futuras casas. Esta adquisición no responde a una lógica especulativa. Muchas expresan explícitamente la voluntad de no participar en dinámicas de inflación artificial de precios en sus países. Por ello, optan por terrenos fuera de las grandes ciudades como forma de resistencia a la especulación de la tierra, concebida como don natural, garantía de arraigo,

Antes de la introducción de la moneda colonial, el tiempo funcionaba como capital social y la confianza como garantía.

seguridad para la vejez y fuente de producción alimentaria.

La dimensión alimentaria es central. En contextos rurales, los fondos colectivos permiten comprar semillas, invertir en cultivos o afrontar pérdidas de cosecha; en contextos urbanos o migrantes, garantizan la compra de alimentos cuando el empleo es precario, a veces mediante compras colectivas que se pagan a plazos. Algo que no se permite es que nadie pase hambre.

No todas las mujeres tienen la misma capacidad de aportación, pero esta diversidad se gestiona desde la solidaridad y la equidad. Cada una aporta según sus posibilidades y recibe en

El término tontine

La denominación tontine deriva del nombre del napolitano Lorenzo de Tonti, que inventó en el siglo xvii un sistema de renta vitalicia, y se aplica ahora para designar prácticas de ahorro rotativo observadas en muchos países de África, Asia y América Latina, donde reciben multitud de nombres en los idiomas locales, así como también en las diversas poblaciones originarias de estas zonas que han emigrado a Europa o Estados Unidos. Tontine es el término más utilizado en la África francófona.

coherencia con su contribución. El principio es la inclusión: ante una crisis, el grupo puede flexibilizar aportaciones o priorizar su turno, sosteniendo recursos y vínculos.

Crisis del capitalismo occidental y aprendizajes posibles

Desde la economía feminista, estas prácticas pueden interpretarse como una reorganización autónoma de la reproducción social. En lugar de depender exclusivamente del mercado laboral precarizado o del crédito bancario, las mujeres construyen infraestructuras financieras propias.

El análisis de la tontine adquiere relevancia en el actual contexto de crisis ecológica, endeudamiento estructural, precarización rural y recortes en políticas sociales. Frente a un modelo financiero basado en la expansión del crédito, la individualización del riesgo y la mercantilización de la reproducción social, la tontine propone una racionalidad distinta: una deuda relacional y temporal sin intereses ni subordinación estructural, orientada a sostener la educación, la vivienda, la seguridad alimentaria, los pequeños emprendimientos y el acceso a la tierra sin especulación.

La tontine debe ser reconocida como una práctica de economía feminista descolonial que desafía la colonialidad financiera, sostiene la reproducción social, genera autonomía económica y construye poder colectivo. Constituye una forma organizada de transformación desde abajo que sitúa en el centro la interdependencia, el cuidado y la garantía colectiva de la vida.



Sesión Tontine en Barcelona.
Foto: Elisenda Colell

Bombo Ndir Fall

Activista, feminista descolonial

CONVERSATORIO

«Hay que defender la soberanía alimentaria como un principio, no solo como un derecho»

Hablamos con tres mujeres comprometidas con el medio rural, el campesinado y los feminismos sobre el avance de la extrema derecha en sus territorios, Argentina, El Salvador y el Estado español, y sobre la triangulación de esta con el patriarcado y el modelo agroindustrial y extractivista.

Marisela Ramírez: Yo hago parte de la Confederación de Federaciones de la Reforma Agraria Salvadoreña (CONFRAS), cooperativa de tercer grado con 38 años de trayectoria, y tengo a mi cargo el desarrollo de un proyecto de exigibilidad del derecho de las mujeres al acceso, uso, control y tenencia de la tierra en El Salvador.

Deolinda Carrizo: Soy de una comunidad indígena del pueblo originario Vilela, hago parte del MOCASE, Movimiento Campesino de Santiago del Estero, que se forma después de la dictadura militar, consciente del desmembramiento de muchas organizaciones por la persecución y matanza de sus líderes. En Argentina estamos en el Movimiento Nacional Campesino Indígena y dentro de la articulación continental e internacional de la CLOC y la Vía Campesina.

Ana Corredoira: Yo vivo en el corazón de Galicia, en una pequeña aldea. Soy ganadera, tengo un proyecto familiar de producción de leche de vaca y también un proyecto cooperativo de transformación y venta directa junto a otra ganadera, con el que buscamos dignificar nuestra forma de vida. Estamos satisfechas, pero a la vez cansadas porque el nuestro es un sector que atraviesa crisis de forma cíclica. Participo en la Plataforma Ulloa Viva.

¿De qué manera está afectando la extrema derecha a vuestros territorios y entornos?

Marisela: El Salvador dio un giro muy fuerte a la derecha con la llegada de Nayib Bukele a la presidencia en 2019. Estamos enfrentando lo que nosotras denominamos un clan empresarial. En torno a la familia Bukele hay una serie de empresarios que pretenden acaparar tanto recursos del Estado como bienes de nuestro territorio, apoyándose en el control que ejercen sobre toda la institucionalidad salvadoreña. Esto nos afecta en el mundo rural de muchas maneras, una tiene que ver con la aprobación de permisos para la construcción y desarrollo de megaproyectos y con la expropiación de tierras, luchas legítimas e históricas de nuestro pueblo y que afectan en particular a las mujeres.

Estamos enfrentando una situación tremenda. En el espacio que estoy encargada de facilitar, la Mesa Mujer, Suelo y Tierra, conformada por diez organizaciones diversas, estudiamos la tenencia de la tierra y la situación para las mujeres ha empeorado considerablemente desde 2019. Esto va acompañado de una política del Estado de desmantelamiento de programas sociales orientados a la reducción de las brechas de desigualdad que se habían conquistado en años anteriores.

Otro elemento, también impulsado desde el gobierno, tiene que ver con una política de importación de alimentos que beneficia al clan empresarial. El gobierno recorta la inversión productiva y lo que produce son quiebras o situaciones económicas muy adversas para cooperativas y pequeños y medianos productores.

Por otro lado, el gobierno aprobó en el 2022 un régimen de excepción que anula garantías constitucionales de todo el pueblo en general y que ha sido utilizado para la persecución política, en nuestro caso. Y no sé si ustedes conocen la Ley de Agentes Extranjeros, que impone un impuesto del 30 % a las donaciones de ONG internacionales que cooperan con las organizaciones sociales de acá. Ahora tenemos prohibido hablar, por ejemplo, de la defensa de los derechos sexuales y reproductivos para niñas y adolescentes. El gobierno, a través del Ministerio de Educación, ha circulado una orden según la cual queda prohibido el uso del lenguaje inclusivo en escuelas y cualquier otra instancia estatal, así como todo el lenguaje que tenga que ver con los ODS.

Estamos en una situación compleja; pero, a pesar de ello, estas expresiones de resistencia



Marisela Ramírez

feminista que nos nombramos antifascistas, anti-patriarcales y antiimperialistas, en contra de estos proyectos de muerte, están muy organizadas. Hay una apropiación de la lucha por parte, sobre todo, de las mujeres.

Deolinda: En Argentina, sobre todo en la zona semiárida —sin electricidad, sin red de agua potable—, las familias nos hemos dado las mañas para sobrevivir en nuestros territorios y fortalecer la vida en comunidad, pero siempre hemos estado alerta para que los empresarios no nos vengán a desalojar. Algunas legislaciones nos han dado un respiro para poder poner cabeza en fortalecer la producción, ya sea adquiriendo maquinarias y herramientas colectivas o transformando materias primas, como leche, carne, fruta o verdura, y acompañar sobre todo a las compañeras para ese fortalecimiento económico. Acá también existe la brecha de la que habla Marisela.

Lamentablemente hoy con este gobierno absolutamente todo ha ido para atrás. En este tiempo ha sacado alrededor de 120 leyes o programas que han impactado directamente en la economía de las familias campesinas e indígenas y en los sectores populares. Hoy son los narcos los que le dan

El gobierno salvadoreño ha circulado una orden según la cual queda prohibido el uso del lenguaje inclusivo en escuelas.

dinero a las familias si hay algún enfermo, para luego cobrarlo con total impunidad.

En este año hemos tenido varias órdenes de desalojo sobre territorios con minerales y litio. Y la persecución a las compañeras. Sin entrar en el campeonato de desgracias, por encima de nuestra casa pasaba ahora una avioneta fumigadora. Vivimos recortes en todo: la reforma laboral, despidos masivos..., en medio de toda una campaña de crueldad y odio a lo diferente, también a otras identidades sexogenéricas, donde se ha puesto el foco para desarmar el tejido social generado en este tiempo.

En esa gravedad estamos en este momento y no pasa nada, no hay estándares internacionales que respetar. Todos los miércoles se hacen movilizaciones por los jubilados y todos los miércoles los reprimen. Aquí tenemos compañeras que están imputadas y son casos de deudas históricas con el campesinado, con las mujeres campesinas, indígenas, por defender el derecho a una tierra que no nos pertenece; pertenecemos a ella, somos personas y seres junto con muchos otros y muchas otras que no son humanos, pero que hacen parte de la madre tierra.

Ana: Os voy escuchando y trato de hacerme un mapa de lo que estamos viviendo y de las similitudes. Esto no es un movimiento social; la extrema derecha ya tiene representación política. Pero en cambio ejerce la antipolítica, cuestiona la validez de lo público y está muy empoderada en la parte judicial y en lo mediático.

Tenemos algo muy peligroso también para las mujeres, para las productoras, y es una ultraderecha que abandera el negacionismo climático, cuando estamos viendo las consecuencias terribles de la crisis climática. Vemos cómo se han

planificado las ciudades y la vida urbana y cómo eso choca frontalmente con las leyes de la naturaleza. Yo, como productora, tengo que ejercer una labor de cuidado de la naturaleza, algo muy desvirtuado, porque al final los alimentos y la tierra se han convertido en un bien de mercado y ese es el gran problema que tenemos.

En España hay un hartazgo muy potente, que no se sabe muy bien explicar de dónde nace, y la extrema derecha está consiguiendo capitalizarlo, liderar batallas que no entienden, que no representan. Lo hemos visto en cada protesta de agricultores y ganaderos, en luchas que no comparten, que no defienden en sus programas ni en su trabajo diario, como las protestas contra el Mercosur.

Y hay otra cuestión que para mí es muy importante. Tal vez la izquierda aquí no ha sabido acercarse al mundo rural. El concepto de ecologismo se ha llegado a contraponer con lo agrario, con una visión demasiado urbana que no ha conseguido conectar con las zonas rurales y con las productoras y productores. Y creo que eso nos ha distanciado, ha aumentado la brecha entre el mundo rural y el mundo urbano. Las izquierdas tienen que bajar a tierra y tienen que hacerlo rápido pero con serenidad, con proyecto.

¿Cómo veis en vuestros movimientos, a vuestro alrededor, los liderazgos de mujeres o de diversidades de género? ¿En qué se diferencian de los liderazgos tradicionales y qué aportan a las luchas y a las comunidades?

Ana: En España, las mujeres, al margen de la visibilidad, estamos liderando muchísimos movimientos y acciones de emprendimiento para valorar nuestros recursos de forma responsable, porque ecología y feminismo están muy relacionados: defender no solamente nuestros derechos y capacidades, sino nuestros territorios, nuestra biodiversidad, y con esa visión de futuro delegado. Es un planteamiento muy distinto al convencional y a esa visión masculina y de empresario rural en la que vivimos. El rural no es un mundo de hombres, es un mundo pensado por hombres, que es muy distinto. Y ese individualismo, esa visión de crecimiento económico, es la visión que hemos recogido de nuestros compañeros varones. Pero nuestro modelo es horizontal, en red; es un modelo de contacto, de valor de la comunidad, de saber que somos parte de una cadena y, para que funcione, tenemos que trabajar todas juntas.

Deolinda Carrizo



Marisela: Sí, total concordancia con lo que plantea Ana. El feminismo tiene esa perspectiva de romper patrones verticalistas de relación, reunimos en la colectividad y reconocernos con condiciones concretas de opresión. De ahí nace este enfoque de la interseccionalidad y de abrazar esa diversidad de la que somos parte.

Y, bueno, en El Salvador específicamente hay muchas redes de mujeres, muchas *matatas* como decimos acá, de las que CONFRAS hacemos parte. Pero un caso específico que cabe mencionar es la lucha de la comunidad San Francisco Angulo contra la construcción de un relleno sanitario —un basurero a cielo abierto— que va a contaminar a más de 40 comunidades. La empresa amenazó con aplicar el régimen de excepción para llevar presa a la gente que se opusiera, por desórdenes públicos y por pertenecer, según ellos, a estructuras delincuenciales. Esta zona de Tecoluca tiene un alto nivel de producción de alimentos porque sus suelos son muy fértiles. Quienes se han puesto al frente de toda esta lucha y resistencia han sido las mujeres, porque tal cual lo decía Ana, hay una relación con la reproducción de la vida.

Deolinda: Cuando relato esto, me remonto a mi bisabuela. Ella atendió el parto de mi madre en el campo, era partera. Con el tiempo, y como parte de la agenda de la civilización, se prohibió su

trabajo, en un permanente desconocimiento de la ciencia y los saberes ancestrales que practicaban muchas de nuestras culturas. También se prohibió la lengua —en esta zona, el quichua. A los siete años, yo y algunos de mis hermanos tuvimos que emigrar al pueblo para empezar a estudiar, y ese corte es muy violento, por el desarraigo y por todo lo que viene después: lo que te dicen en la escuela, la publicidad, la desvalorización del campesinado y de lo que significa.

Y dentro del MOCASE hemos tomado como algo necesario reconstruir ese tejido social desde esa identidad, despertar esas raíces, la conciencia adormecida por tanta violencia, sobre todo para las mujeres. Empezar a plantarnos y a decir no, a salir de esa timidez, participar y recuperar la autoestima. Han sido generaciones, más de 500 años de resistencias profundas; es un camino largo remontar todo eso. En lo cotidiano no ha sido fácil enfrentar esta violencia. Desde plantarse ante un médico que cuestiona por qué tenemos tantos hijos hasta tomar la palabra en las asambleas.

Y gracias a los vínculos internacionales vimos que esas situaciones no son algo propio de nuestro territorio. Por eso tratamos de ir construyendo desde los principios que nos marcamos como organización anticapitalista, antipatriarcal, antifascista y antiimperialista. En estos años también hemos incorporado el feminismo campesino y popular como principio político en la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones Campesinas (CLOC) y en la Vía Campesina. En diciembre tuvimos la VII Asamblea Continental de Mujeres del Campo en México y hay que seguir construyendo con más feminismo, más organización y lucha. Desde ahí podemos transformar la sociedad y enfrentar esos poderes corporativos y, como decía la compañera, a quienes niegan hoy esa crisis climática mientras ejercen violencia sobre nuestros cuerpos y territorios.

También hay que señalar que el machismo se ha levantado contra esto. En algunas de nuestras organizaciones hay una remasculinización y victimización de algunos compañeros, que dicen que el feminismo ignora su trabajo. No porque sean «progres» dejan de reproducir estas lógicas. Hay diversas masculinidades y sigue estando esa masculinidad violenta que, en lugar de construir, destruye y fragmenta. Y, lamentablemente, este es otro obstáculo para abordar estos debates sanos, porque, en definitiva, el enemigo común que hay que destruir es el capitalismo.

Ana Corredoira



¿Qué acciones del día a día, sobre el terreno, pensáis que sirven para combatir a la extrema derecha? ¿Qué experiencias positivas tenéis?

Marisela: Bueno, antes les hablaba de la comunidad de San Francisco Angulo y de cómo acompañamos ese proceso de lucha. ¿Cómo continúa la historia? Las mujeres propusieron una consulta popular, involucrar a toda la gente en elaborar una resolución respecto al vertedero. Esta consulta se hará en las próximas semanas y esperamos que se replique en otros lugares para poner en el centro la conflictividad de la tierra. Esta herramienta de participación es un buen ejemplo de acción práctica que ha salido de las mujeres. Una cosa es construir un discurso, que es clave para tener claro qué queremos exigir y demandar, pero también hay que llevarlo a la práctica, porque la práctica habla más que el discurso.

Deolinda: Nosotras en estos tiempos hemos mantenido y fortalecido la formación política de las compañeras y algo muy importante: el enlace entre generaciones. Las narrativas de la extrema derecha en redes sociales también llegan a la ruralidad y por eso trabajamos con la juventud en campamentos, jornadas de siembra comunitaria y actividades que estimulan espacios intergeneracionales.

En cuanto a las situaciones de violencia física o judicial que viven muchas de las mujeres, creamos una red, Galaxia. Es un espacio seguro donde pueden no solo aprender a trabajar en la tierra, sino rehacer su vida. Está abierto también a la

El rural no es un mundo de hombres, es un mundo pensado por hombres, que es muy distinto.

juventud con situaciones problemáticas, adicciones, mujeres migrantes o que han sido presas de redes de prostitución... Hay acompañamiento y colectas para iniciar núcleos familiares productivos (cabras, apicultura...).

También es muy importante participar en espacios de resistencia, como el 38 Encuentro Plurinacional de Mujeres y la Diversidad Sexual, donde como mujeres campesinas participamos masivamente el año pasado, o en la Asamblea Transfeminista del Abya Yala, otro proceso continental con protagonismo de territorios en lucha contra el extractivismo. Ante estas crisis globales, la salida es estar juntas.

Marisela: Sí, acá tenemos muy presente fortalecer las redes que ya tenemos y tratar de sostenerlas. Y construir autonomía para las mujeres para combatir las brechas de desigualdad. En CONFRAS estamos trabajando una propuesta de ley para el acceso a la tierra para las mujeres, donde el Estado garantice la entrega de tierra, pero también asesorías técnicas e insumos para la producción.

Ana: Desde la perspectiva de pequeñas productoras, yo creo que aquí llevamos mucho tiempo muy conscientes de la amenaza de la extrema derecha y hacemos mucha didáctica con respecto, por ejemplo, a fomentar o poner en valor el relevo generacional en nuestros sectores y el valor de la agroecología como una herramienta de cambio. Esto es política.

Reconozco que esta sociedad está muy adormilada, probablemente porque no es muy consciente de todo lo que entraña el avance de la extrema derecha. Cada generación percibe esta amenaza de forma distinta.

Aquí hemos gestado durante tres años un movimiento vecinal que ha adquirido una dimensión brutal, la plataforma Ulloa Viva, para defender nuestro territorio frente a la amenaza de una macroplanta de celulosa, a escasos 30 kilómetros de mi casa. Y se ha paralizado. Además, conseguimos involucrar a perfiles de la sociedad que tradicionalmente no se han movilizado y se han superado muchos prejuicios. Era una protesta no solo ecologista, sino de defensa de un modelo socioeconómico propio, la producción agroganadera, familiar que hace un uso razonable de los recursos.

Por el camino nos llevamos mucho aprendizaje, frente a la ignorancia tan poco humilde de los políticos de turno. Otro ejemplo de acción cercana es el festival Agrocuir, que celebra la diversidad sexoafectiva desde la alegría, la cultura y el mundo rural, y esa alegría también es resistencia.

Todo esto es clave, pero para mí faltan más acciones concretas. Tenemos ejemplos de lo que ocurre cuando la extrema derecha alcanza las instituciones y, para frenarla, hay que adelantarse.

El concepto soberanía alimentaria viene de los pueblos campesinos, pero la extrema derecha en Europa está usando esta expresión. ¿Pensáis que la esencia de la soberanía alimentaria es antifascista?

Ana: ¿Cómo no va a ser antifascista si defiende precisamente la igualdad y los derechos de las comunidades? Y en esas comunidades incluyo también los recursos que no son nuestros, que no son bienes de mercado, que tenemos el deber de cuidar y de asegurar para las generaciones futuras. Yo siempre lo he dicho: al final ser ganadera va a ser un movimiento de resistencia ciudadana.

Marisela: Es antifascista, sin lugar a dudas. La soberanía alimentaria nace de la organización misma de nuestras comunidades, pueblos y territorios. Como alternativa a la propuesta de muerte de las ultraderechas, cuando hace unos 20 años se impulsaba toda una estrategia neoliberal de reducción de las instituciones del Estado y a favor del acaparamiento de los bienes y recursos comunes por parte de las grandes empresas. Contra estas políticas que asfixian a nuestros pueblos, surge esta bandera de la soberanía alimentaria como un derecho pleno de nuestros territorios. Como una garantía para producir alimentos sin romper el curso natural de lo que convive con nosotros y nosotras. Reconociendo a la tierra como parte de esa comunidad.

Desde El Salvador vemos urgente reapropiarnos de conceptos que nacieron de nuestras luchas y no permitir que las ultraderechas nos los arrebaten.

Deolinda: Yo ahí agregaría que soberanía alimentaria no tendría que ser un concepto, no tendría que ser solo un derecho, sino un principio político de los pueblos. Defenderla como principio, porque como derecho, ya ves: aquí viene un día Milei y acaba con todos. Hay que construir herramientas que, sea cual sea el gobierno que asuma, no las pueda hacer desaparecer. Esos son nuestros principios.

Por último, quiero añadir que la alegría, los encuentros y las festividades populares son algo que los pueblos hacen constantemente y constituyen espacios para reconfortar a quienes estamos de este lado de la vida. Debemos seguir adelante y no desfallecer en esta reconstrucción de lo comunitario. Sabemos el legado que llevamos, de dónde viene y lo que queremos hacer. Somos tejido de dignidad, como dice una canción de la guatemalteca Sara Curruchich: «Pueblos».

Revista SABC



Canción «Pueblos», de Sara Curruchich

Leire Lakarra

TIERRA Y RESISTENCIA

EL EJEMPLO PALESTINO

A través del ejemplo palestino, el texto muestra cómo el control de la tierra es una estrategia global de dominación política. Por ello, el Estado de Israel ataca el campo palestino. Frente a esta violencia estructural, emergen proyectos basados en la agroecología y la construcción de redes de apoyo mutuo.

Tierra y resistencia. La resistencia de la Tierra, de la tierra y desde la tierra, frente a la dominación de la tierra. Monocultivos y monopolios de los cultivos. Manipulación, dominación y monopolios de las semillas. Pesticidas y fertilizantes químicos que envenenan, enferman y matan. Enferman la tierra y, con ella, a todo ser vivo. Desde los microorganismos más necesarios para su riqueza y desarrollo hasta las plantas y cualquier animal que dependa de ellas: insectos, animales pequeños y animales más grandes, incluido el ser humano. Nos estamos intoxicando y no es ningún secreto. Recientemente nos inundan los artículos sobre los microplásticos y sus peligros en nuestro organismo, y empezamos a leer sobre enfermedades raras que pueden derivarse del uso excesivo de químicos. Las barbaridades que le hacemos a la tierra nos afectan directa e indirectamente, puesto que, aunque nuestra actitud activa lo niegue, somos parte de un mismo sistema, de un mismo ecosistema que se relaciona holísticamente.

Me gusta la palabra *holístico* y creo que la uso siempre que escribo. Es un concepto que se contrapone a la dominación, a la verticalidad. Subraya la importancia de todo elemento dentro de un mismo sistema, la necesidad de entender el todo como un todo relacional. Celebra lo individual sin caer en el individualismo. Refuerza la idea de comunidad y de interdependencia y abraza la complejidad de las situaciones. Seamos, pues, seres holísticos. Cuidemos de la tierra y de

los seres que dependen de ella. Usemos nuestro intelecto, nuestro conocimiento abstracto, para cambiar el curso de las cosas. Plantemos y cosechemos.

Caminante, no hay camino, se hace camino al andar, y ¿cómo vamos a hacer camino si ya no hay tierra que pisar?

Falah, el trabajo duro de la tierra

Cisjordania es el territorio más pobre para la agricultura de la Palestina histórica, el más árido y el que menos humus tiene; está lleno de piedras y trabajar la tierra supone un gran esfuerzo humano. Por eso, el campesinado de allí se identifica con la palabra *falah*, que evoca el trabajo duro de la tierra, su cultivo con ahínco, su transformación, enseñando al resto del mundo que desde el cuidado y la dedicación se puede mantener una conversación con la tierra. Si trabajas la tierra, responde con frutos; si cuidas de ella, responde con frutos sabrosos; y, si vives en relación con ella, encuentras paz dentro del caos.

El pueblo palestino está desbordado de problemas, llamémoslos políticos, tanto externos como internos. El colonialismo que vive —que es, no lo olvidemos, colonialismo europeo— se enreda en una red compleja que afecta al día a día de una manera muy profunda. Afecta a la materialidad de la vida y a la psicología individual y colectiva de la población. Empezando por su propio gobierno, la llamada Autoridad Palestina, que mantiene el *statu quo* y se sustenta en la



corrupción de la oligarquía política; y siguiendo por todas las medidas invivibles que el Estado de Israel diseña meticulosamente: control de las fronteras, separación en tres zonas dependiendo de la presencia del ejército israelí (las llamadas zonas A, B y C). Denuncian que, de hecho, no cambia mucho la situación de una a otra, puesto que todas están ocupadas por el ejército y se desdibujan cuando se funda una colonia nueva: lo que era zona B pasa a ser C de un día para otro. La zona C es susceptible de confiscación y está sujeta a prohibición de construcción, lo que reduce, poco a poco, el territorio palestino.

Los *checkpoints*, las barreras en las carreteras, el muro de separación que crece vertiginosamente, militares, colonos que colonizan y atacan, infinidad de colonias, que empiezan siendo asentamientos individuales o familiares, momento en el que se producen todo tipo de fechorías, asesinatos incluidos, bajo la protección del ejército en la retaguardia. Una vez conformado, el asentamiento se legaliza, de modo que el Estado de Israel se limpia las manos de las ilegalidades cometidas: destrucción de fuentes, prohibición de construir cisternas para el almacenaje del agua y robo directo de la misma, destrucción de casas e infraestructuras, obstaculización de la gestión de basuras, robo y asesinato de ganado, destrucción y robo de cosechas tanto activa como pasivamente —la entidad ocupante introdujo el jabalí en los años setenta, condenando así las cosechas de trigo, alimento fundamental en la dieta palestina, y ahora el

Si trabajas la tierra,
responde con frutos;
si cuidas de ella,
responde con frutos
sabrosos; y, si vives
en relación con ella,
encuentras paz dentro
del caos.

96 % de la harina que consumen es importada—, asesinatos, vejaciones, incursiones constantes en los pueblos palestinos, secuestros —solo en Cisjordania hay más de 10.000 personas encarceladas en condiciones extremadamente precarias—, impuestos y multas desorbitadas... Una lista que sigue y sigue conformando su *normalidad* asfixiante. Y toda esta lista deja fuera las difíciles realidades de la diáspora palestina.

Muchos de los pocos trabajos asalariados que consiguen —la tasa de paro es altísima— son trabajos en construcción para la ocupación (crear nuevas colonias o carreteras que atraviesan y destruyen sus propias plantaciones o poblaciones,

Lo micro es necesario y prioritario en nuestros ecosistemas, precisamente porque es lo micro lo que sostiene lo holístico del sistema.

etc.). El monopolio de la producción de alimentos también lo posee el Estado de Israel; es decir, muchas veces es el propio pueblo palestino el que, obligado por la rueda del sistema impuesto, ayuda a sostener el sistema israelí. La dependencia forzada del mercado israelí configura un escenario de ahogo material que busca quebrar la autosuficiencia del pueblo palestino.

La zona más violenta de Cisjordania es la región de Hebrón, una ciudad conocida por la producción de bienes materiales. La base de un pueblo es la capacidad de producir para sí mismo y por eso las miras principales son las zonas de producción: Hebrón, por una parte, y el campo, por otra. La estrategia política de dominación más efectiva es controlar los alimentos y que los colonos destruyan sistemáticamente cosechas, ganado y tierras no es ninguna casualidad. Es estrategia. Es violencia estructural. Atacar la autonomía de un pueblo es atacar su supervivencia.

Colonia israelí vs. pueblo palestino

En mi estancia allí, de mes y medio a finales de 2025, uno de los proyectos que más me impactó fue Om Sleiman Farm, una huerta basada en agricultura solidaria situada en las afueras de Bil'in, pueblo principalmente agricultor conocido por su oposición contra el muro de separación. Tras años de lucha con gran presencia internacional, en 2011 consiguieron mover el muro unos cuantos metros y esta huerta se fundó en estas «tierras liberadas» —lo entrecomillo porque no tengo claro que hablar de liberación de facto en un territorio ocupado sea del todo correcto—. El proyecto, en

cuanto a agroecología, permacultura, bosques entrópicos, fertilizantes naturales y artesanales, creación de compost para enriquecer la tierra, etc., es impresionante, pero no fue eso lo que me conmovió, sino la cercanía de una colonia.

Modi'in Illit, una de las colonias más grandes de toda Cisjordania, se encuentra a unos escasos metros del terreno, separada, por supuesto, por un muro de hormigón con torres de vigilancia. Si te acercas a los olivos que están unos metros más abajo de la colina y que pertenecen a la granja, pueden dispararte. Gente de Bil'in ha recibido disparos por osar acercarse a lo poco que les queda de sus propias tierras. Al otro lado del pueblo acababa de fundarse una nueva colonia unifamiliar —que ya se ha llevado la vida de siete personas— que pretenden unir a la gran colonia mediante una carretera. La gente con propiedades en el trazado recibió a principios de diciembre la carta que exige la demolición de sus casas, una notificación recurrente que indica que, si no lo hacen en el plazo de un mes, el ejército israelí lo hará y serán sus habitantes quienes tengan que cargar con los gastos.



El jardín de la alegría
Foto: Leire Lakarra

Agroecología en Cisjordania

Estos son algunos de los proyectos en los que he trabajado, de diferente tamaño y alcance, cada uno con su especificidad:

Nabat Ecofarm (Tamra) es un bosque entrópico que comenzó con un olivar y que hoy trabaja la permacultura, talleres para peques y encuentros comunitarios para la población palestina en lo que oficialmente es territorio israelí, denominado también como Palestina 48. Los problemas que tienen que resolver son parecidos a los de Cisjordania: robo de agua y de terreno, prohibición por ley de construcción y de venta de ciertos bienes agrícolas y ganaderos, etc. En esta parte del muro, la estrategia política varía un poco: son leyes racistas disfrazadas. Aunque se trata de leyes generales, la ciudadanía israelí opta a permisos especiales que la exoneran, mientras la población palestina —llamada árabe, no palestina— nunca obtendrá tales permisos. El terreno está diseñado para que unos árboles ayuden a otros: algunos darán sombra en los meses más calurosos y se podarán luego para generar compost, que se almacena en surcos estratégicos con el fin de ahorrar trabajo y de que la lluvia se encargue de esparcirlo. La misma idea se aplica a las plantas y los cultivos, que también tienen como objetivo generar un suelo que se comporte como una esponja y almacene agua.

El jardín de la alegría (Kufr Ni'ma) es un pequeño proyecto basado en el apoyo mutuo: publican anuncios en Facebook para que la gente acuda a recolectar verduras y legumbres y, a cambio, done una cantidad monetaria voluntaria por aquello que se lleva a casa. Es una manera de proporcionar productos saludables a la gente de Ramallah y conseguir un acercamiento entre ciudad y campo.

As-Sa'ad Land for a Simple Life (Mazara al-Nubani) es el proyecto donde más tiempo he estado y nuestro contacto principal: pionero de la agroecología en todo el mundo árabe e impulsor de muchas otras iniciativas e ideas para la Palestina agraria. El proyecto se extiende entre el pueblo de Mazara' al-Nubani y su vecina, la ecoalde de Farkha. Entre los olivos milenarios que inundan las terrazas de la ladera, hay todo tipo de cultivos sembrados en caballones que se curvan para seguir la inclinación del terreno y no perder ni una sola gota de agua de lluvia y que acaban formando bellos surcos en el terreno, enriquecido por biochar casero. Los últimos días de nuestra estancia allí, ayudamos a construir una valla con piedras, cemento y alambrada para poder mantener a los jabalíes a raya. Es curioso observar que, a pesar de que todos los montes de Cisjordania están aterrizados y llenos de olivos, no se ven parcelamientos; el monte se mantiene abierto a la población. El vallado es consecuencia de la ocupación; es caro y es triste, pero es también necesario para cultivar trigo y sustentar así la autonomía alimentaria. Por ello, apuestan por el cercamiento comunitario: siete falah se habían unido para cercar sus tierras conjuntamente, abaratando los costes y evitando la parcelación del monte.

El muro —que sirve para separar al campesinado de sus tierras, generar barreras físicas que hastían el movimiento en el territorio palestino e impedirles ir al mar, que se encuentra a escasos kilómetros y, en definitiva, hostigar a la población— forma parte también, de alguna manera, de la narrativa israelí con la que se adoctrina a su ciudadanía, que coloniza y roba tierras palestinas, e instala en el imaginario común la idea de que el pueblo palestino es un pueblo peligroso del que deben protegerse. Nada más lejos de la realidad. La historia nos demuestra que ha sido más bien al contrario como han acontecido los hechos. Un muro de apartheid gigante como parte de la narrativa.

Sin embargo, sigue sin ser esto lo que me tocó por dentro. Fue la imagen. La colonia-ciudad. Estar respirando el oxígeno generado por plantas totalmente ecológicas, pasear entre el jardín de

verduras diseñado con esmero y cariño, escuchar los pájaros y bichos que encuentran en ese espacio un refugio y tener como fondo un gran conglomerado de grandes edificios, carreteras, coches y ruido. Allí lo vi claro. Colonia israelí frente a pueblo palestino. Ciudad contra campo. Los asentamientos israelíes roban la tierra palestina y colonizan, poco a poco, las migajas que les dejó el Acuerdo de Oslo. Un robo que se produce mediante violencia, leyes y manipulación, y que resulta más brutal porque, aunque invisible para muchos altos cargos occidentales cegados por el poder monetario, es palpable. Es demasiado obvio quién roba a quién y quién se beneficia de quién.

En el resto del mundo, el esquema se replica. Las ciudades son, en última instancia, las colonias de la tierra. La metrópoli coloniza el campo, contamina sus ríos y su aire y expulsa a sus



Foto: Leire Lakarra

Les están robando todo, pero aún les queda parte de la tierra. Y junto a ella, muchos proyectos que la defienden.

habitantes: primero se extermina a todo ser vivo, vegetal y animal, anterior a la ciudad; luego se va expulsando a la propia ciudadanía metropolitana (desahucios, gentrificación...). Nuestra civilización se precipita a paso muy acelerado hacia la desconexión total, hacia el desconocimiento, hacia la nada. Es curioso cómo cada vez más películas de ciencia ficción nos muestran un mundo futuro desolado y cómo, a su vez, lo aceptamos como el más probable, el más factible, el más real. Lo hemos aceptado hasta tal punto que no creemos que haya marcha atrás: «el mundo funciona así». Es una frase que repetimos cual mantra, olvidando que el mundo lo conforma cada una de nuestras individualidades y que siempre es posible actuar de manera más justa, más amigable, más respetuosa.

Pero las ciudades siguen creciendo y robándole el espacio al campo, donde también se imponen las lógicas de dominación: los monocultivos arrasan con la diversidad paisajística, contribuyen al problema global de la sequía y las grandes maquinarias y los productos químicos necesarios para mantener tales lógicas de producción acaban con todo ecosistema afianzado en el terreno, ya pobre de por sí.

Las mejoras energéticas que nos venden siguen la misma lógica: renovables que arrasan con los diferentes ecosistemas. En vez de construir edificios más sostenibles, y autosuficientes energéticamente, seguimos la lógica de la rapidez, de lo grande y de la ganancia económica inmediata. Bosques talados para construir macroplantas de placas solares, eólicas que crean barreras mortales para las aves... Todo macro, olvidándonos de lo micro. Y qué necesario es lo micro: la tierra es cada vez más pobre en microorganismos, nuestros estómagos cada vez más pobres en flora intestinal. Lo micro es necesario y prioritario en nuestros ecosistemas, precisamente porque es lo micro lo que sostiene lo holístico del sistema.

Trabajo comunitario arraigado a la tierra

La agroecología nos enseña que es posible producir alimentos suficientes sin grandes extensiones de terreno, que es posible cultivar de manera respetuosa con la tierra y adquirir alimentos saludables para nuestro consumo. No son alimentos perfectos para los estándares de los supermercados, que obligan a descartar, primero, los que no entran en sus categorías y, después, cualquier producto con un daño mínimo. Probablemente encontremos

Om Sleiman Farm.
Foto: Leire Lakarra

insectos o babosas en ellos, porque son alimentos compartidos. Es tan fácil como lavarlos, algo que igualmente tenemos que hacer con los alimentos de la agroindustria. La diferencia es abismal: no nos envenenan y su sabor es mucho mayor. La agroecología se basa en la base, nunca mejor dicho. En lo básico. No necesitamos etiquetas caras para producir «Orgánico», «Bio» o «Eco»; todo se encuentra al alcance de nuestras manos.

Esta forma de producción aboga, además, por el intercambio y el apoyo mutuo. Un mutualismo entre diferentes ramas del trabajo en el campo: el estiércol de una granja sirve como compost para el huerto y los sobrantes de la huerta como alimento para los animales. La agroecología se fundamenta en sistemas holísticos, en los que unas plantas ayudan a otras tanto a la hora de donar compuestos a la tierra como a la hora de repeler insectos invasivos. Se siembra pensando en las temporalidades y estaciones, creando una secuencia a la hora de cosechar.

En los diferentes proyectos en los que he trabajado, se planta entre olivos y se cosechan los frutos antes de la recolecta de la aceituna. En los monocultivos de olivos que recorren todo nuestro querido reino es imposible plantearse algo así; el campo está diseñado para las grandes máquinas y el beneficio monetario rápido, no para la maximización de los recursos.

Nos contaban que los cercamientos no son parte de la tradición palestina y que quien

pasee por los montes en el caluroso verano debería poder comer algunos de los frutos de los árboles. El paisaje de Palestina ha cambiado en los últimos años debido al abandono del trabajo de la tierra derivado de la ocupación, el robo de agua y las lógicas capitalistas. Ahora priman los olivos, pero antiguamente estos se mezclaban con moreras, viñas, higueras, almendros, melocotoneros y otros frutales. Estos proyectos, y otros tantos, trabajan con empeño por traer estos árboles de vuelta.

Conocimos también muchos otros proyectos, algunos individuales o familiares, otros colectivos, como una cooperativa de jóvenes basada en Saffa que reúne a personas con diferentes proyectos en toda la Palestina histórica. En huertas diseñadas con permacultura, producen una gran cantidad de alimentos que venden después en las localidades vecinas; también apuestan por la recuperación de semillas de trigos antiguos, plantando en tierras cercanas al muro que algunas familias del pueblo les dejan trabajar manteniendo la tradición local: quien no cultiva sus tierras las ofrece a quien las necesite. O una cooperativa de mujeres basada en Mazara' al-Nubani. También conocimos a participantes en redes de apoyo entre la población palestina con pasaporte israelí y la de Cisjordania: en Jerusalén se encargan de cosechar los olivares que quedan al otro lado del muro para después entregar la cosecha a sus propietarios, a quienes las leyes israelíes les impiden recolectarla.



Semillas preparadas para su distribución
Foto: Leire Lakarra

Quedaron multitud de proyectos por conocer; todos ellos apuestan por redes de trabajo comunitario articuladas en torno a la agroecología. Hubo uno que no pudimos visitar debido al ataque del ejército israelí al banco de semillas de Hebrón y las oficinas del sindicato del campesinado palestino (UAWC, miembro de la Vía Campesina) en Hebrón y Ramallah. Robaron semillas y ordenadores, destruyeron documentos y detuvieron a mucha gente. Al día siguiente, todas las carreteras estaban cerradas y la movilidad era inviable. La peligrosidad del momento nos impidió viajar a Hebrón. No era la primera vez; un par de meses antes habían quemado gran parte de las reservas de semillas.

Debido a, entre otras cosas, episodios como este, Palestina se está preparando para un Gaza II, no pensando en el genocidio de los últimos dos años, sino en lo que lo precedió durante años: sitio, desconexión y falta de abastecimiento por el bloqueo del Estado democrático de Israel. Les están robando todo, pero aún les queda parte de la tierra. Y junto a ella, muchos proyectos que la defienden.

La respuesta es firme: agroecología

Los diferentes lugares donde cooperamos son parte, directa o indirectamente, de una red llamada PAF: Palestinian Agroecological Forum. Algunos de ellos forman parte de la red, otros mantienen amistad, comunicación y comparten eventos con ella. Impulsan diferentes iniciativas, por ejemplo, las reuniones de mujeres *falah* para hablar e intercambiar experiencias sobre los problemas a los que se enfrentan en el mundo agrícola.

La red denuncia, también, las recetas hipócritas que les llegan desde Occidente. Señala que las grandes ONG se quedan con buena parte del dinero enviado y que, del poco que queda, solo una pequeña cantidad se destina a la agricultura; financiando, además, proyectos como los

Bibliotecas de semillas

Tuvimos el honor de asistir a una hermosa jornada de reparto de semillas que la red PAF organizó en Mazara' al-Nubani. Fue la primera jornada de una campaña que esperan mantener viva y que, asimismo, se extienda a otras localidades de Palestina. Gracias a la donación de unos 2000 \$, recaudada entre asociaciones de agricultura de Italia, Francia y España, repartieron casi una tonelada de diferentes semillas locales entre 57 personas o proyectos.

Esperan recaudar más dinero para la temporada de primavera y poder llegar a más gente. La idea es crear una biblioteca de semillas en cada pueblo, sostenida por el propio campesinado. Cada año recibirán las semillas que demanden —dentro de las capacidades— con la condición de que devuelvan un 5 % de la cosecha para mantener la biblioteca. Así, hasta generar las semillas suficientes para poder sustentar la autonomía alimentaria.

Tener el control de las semillas. Saber de dónde vienen. Descentralizarlas. Y prepararse para el bloqueo.

En este mismo pueblo colaboramos también en otra cooperativa agroecológica-ganadera, con ovejas, gallinas y abejas, donde acababan de comprar una burra por si les quitaban el suministro de gasoil. Aunque parezca mentira, la preparación ante la violencia más extrema, la militarización más profesional y la tecnología más puntera consiste en volver a lo primario.

Puedes aportar a las Bibliotecas de semillas en esta cuenta: FR7630003031540005002221821
Concepto: SoliP (IMPORTANTE para saber que la donación va a este proyecto; NO nombrar Palestina por posibles problemas con los bancos franceses).

monocultivos que no están hechos por ni para el campesinado palestino. Al igual que en el resto del mundo, el sistema capitalista neoliberal se impone en Palestina valiéndose de las mismas herramientas.

En los últimos años se ha producido una fuerte desconexión con la tierra y los saberes ancestrales derivados de ella. La situación se dificulta cada vez más, pero la respuesta es asimismo firme: agroecología. Contaban que mucha gente era reticente al principio, pero que poco a poco se han hecho hueco y que, hoy en día, Palestina es el territorio árabe pionero en estas prácticas en la agricultura. Y los proyectos se multiplican.

Volviendo a la base, a la tierra, es como podemos construir un fundamento firme sobre el que pisar. Porque la autonomía, es decir, la autogestión y la autosuficiencia, son claves para la supervivencia. Cuando nos falle la tecnología, aún nos quedarán nuestras manos. Simplemente no debemos olvidar cómo usarlas. Mientras dependamos de agentes externos, somos manipulables, controlables y doblegables. O, dicho de otra manera, abandonamos nuestra libertad a su suerte.

Ante todo, el pueblo palestino planta cara. Ante las calamidades que sufre, sigue sonriendo. Sigue ideando nuevas estrategias. Y, sobre todo, apuesta por la agroecología: los proyectos de este

tipo crecen en número y las redes de solidaridad mutua se refuerzan. Ante los destrozos de los jabalíes, intentan apostar por cercamientos comunitarios. Ante los monocultivos, crean pequeñas huertas sostenibles; ante la falta de agua, construyen cisternas y diseñan suelos que se comporten como esponjas cuando llueve. La fuerza con la que resisten, la fuerza con la que se relacionan con la tierra, es asombrosa. Y es por ello que son un ejemplo. Por lo positivo de su carácter como pueblo, pero también por lo negativo que les acontece. Porque resisten, pero también porque la resistencia es una necesidad.

En las demás partes del mundo también necesitamos resistir, aunque la comodidad nos ciegue y creamos que este es el sistema de bienestar real. El día que nos falten los alimentos, espero que no hayamos cubierto toda la superficie con cemento y asfalto o que no hayamos contaminado tanto la tierra que ya no sea posible volver a ella. ●

Leire Lakarra

Licenciada en Filosofía
y campesina nómada

Palestina es el
territorio árabe
pionero en
agroecología.

Gianni Esposito

Murcia

La huerta imposible del sur de España

Aquí se cultivan las frutas y las hortalizas que llenan los supermercados de media Europa. El milagro es que crezcan en un lugar donde casi no llueve. El problema es el precio que se paga por ese milagro.

El aire arde antes del mediodía. A lo lejos, el horizonte se disuelve en una neblina blanca que no es niebla ni polvo: es calor. En el sureste de España, el sol cae a plomo sobre una extensión interminable de tierras y campos. En los pueblos del interior de la región de Murcia, en las horas de calor, casi no hay nadie afuera. En algunas áreas se escucha el ruido de los ventiladores en los invernaderos porque dentro, el aire es espeso, la temperatura roza los 50 grados. Invernaderos que brillan como espejos y que cubren lo que antes fue desierto. Desde el cielo, la tierra se descompone en un mosaico de ocre y verdes. Desde abajo, huele a tierra seca, a purines y a sudor.

Un laboratorio en el desierto

Murcia se ha convertido en un laboratorio del cambio climático. Lo repiten los científicos, los políticos y también los agricultores, aunque lo digan con resignación. En un año normal, la lluvia apenas llega a 300 milímetros, menos que en algunos lugares del Sahel. Pero aquí, donde el agua falta, la agricultura no ha retrocedido: se ha multiplicado.

Desde hace décadas, el Estado español ha invertido miles de millones en infraestructura hídrica: trasvases, embalses, plantas desalinizadoras y estaciones de tratamiento. Esas obras permitieron convertir la huerta tradicional, de pequeños cultivos estacionales, en un sistema intensivo que no se detiene ni en invierno. En los años setenta, los abuelos de la zona plantaban según el cielo. Hoy, el cielo ya no cuenta: manda el algoritmo.

El sistema funciona con precisión de reloj. Sensores del tamaño de una mano miden la humedad del suelo, la temperatura, los nutrientes.

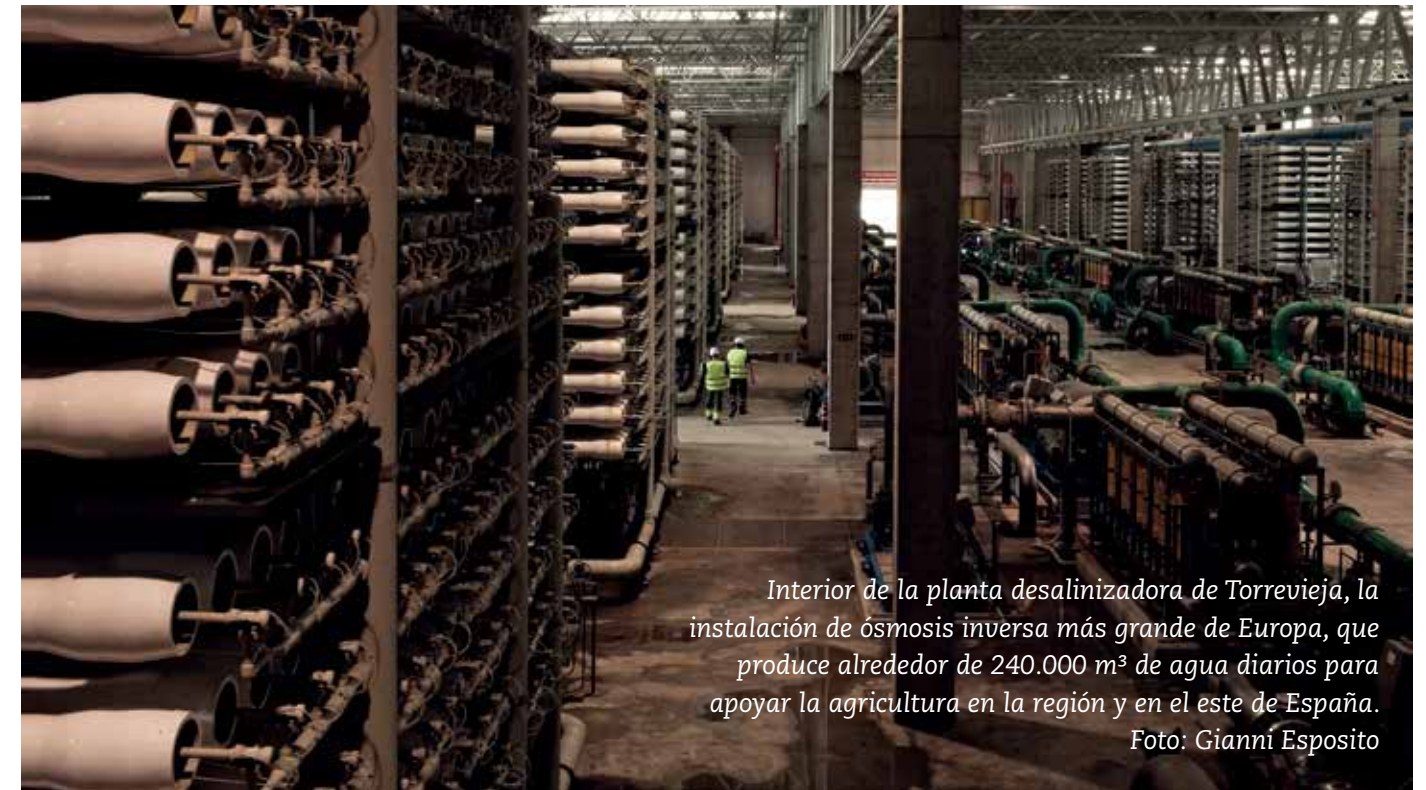
Desde una pantalla, en una oficina con aire acondicionado, un agricultor puede ver el estado de cada metro cuadrado de su parcela: la intuición ha sido sustituida por el algoritmo que le dice hasta cuándo respira la planta.

La empresa murciana Widhoc, una de las pioneras en el uso de sensores agrícolas, fabrica cientos de dispositivos al mes. En su taller, del tamaño de un garaje, el gerente de la empresa, Juan Jiménez, sonríe: «Ya hay más ciencia en un tomate que en un iPhone». En una pantalla, muestra mapas satelitales con resolución de 30 centímetros. Cada punto de color indica una planta, un cálculo de humedad, un consejo de riego. Un «agro-operador virtual», alimentado por inteligencia artificial, genera cientos de recomendaciones por semana. «Y se equivoca menos que un agrónomo», dice Jiménez.

La mejora genética

En el Instituto Murciano de Investigación y Desarrollo Agrario (IMIDA), José Cos Terrer lleva más de una década cruzando variedades de frutales. Trabaja con cerezo, ciruelo, melocotonero y, últimamente, pitaya (el fruto del dragón), una planta tropical que empieza a adaptarse al calor murciano. «Hemos hecho más de 50.000 cruces de melocotón», explica. «Solo 23 han llegado al mercado».

En las bandejas hay plántulas diminutas que resisten mejor la sequía, la sal y el calor. «España es un laboratorio de cambio climático», dice con calma. «Lo positivo es que todo lo que seleccionamos está preparado para sobrevivir a condiciones extremas». *Sobrevivir*, una palabra que se repite como un eco en toda la región.



Interior de la planta desalinizadora de Torrevieja, la instalación de ósmosis inversa más grande de Europa, que produce alrededor de 240.000 m³ de agua diarios para apoyar la agricultura en la región y en el este de España. Foto: Gianni Esposito

Porque el modelo funciona, sí, pero a costa de empujar los límites. Los embalses se vacían antes de tiempo. Las desalinizadoras, pensadas como solución temporal, ya no alcanzan. El agua del trasvase Tajo-Segura, que durante años fue la arteria que alimentaba la huerta murciana, llega cada vez con más restricciones.

Según la Agencia Europea de Medio Ambiente, España será uno de los países con mayor riesgo de escasez de agua en los próximos 30 años. El 75 % del territorio ya está en riesgo de desertificación. Y, sin embargo, la agricultura, que consume más del 80 % del agua disponible, sigue creciendo.

El espejismo del milagro

Lo que parecía un milagro agrícola se ha convertido en un equilibrio frágil. Un sistema que depende de una infraestructura pensada para un clima que ya no existe, y de un mercado europeo que exige tomates en diciembre y melones en enero. La productividad tiene un precio humano que no figura en los informes técnicos. Pero también un precio ecológico: los suelos se agotan, las aguas subterráneas se contaminan y cada año cuesta más mantener los rendimientos. La tecnología compensa, pero no cura.

Los fondos de inversión lo saben. En los últimos años, grupos internacionales han comprado miles de hectáreas en el sureste español. Según

El 75 % del territorio ya está en riesgo de desertificación. Y, sin embargo, la agricultura, que consume más del 80 % del agua disponible, sigue creciendo.

la Coordinadora de Organizaciones Agrarias y Ganaderas (COAG), cerca de 900 fondos controlan ya más de 100.000 millones de euros en tierras agrícolas. La huerta de Europa se está convirtiendo, poco a poco, en un negocio financiero.

El precio de exportar agua

A las afueras de Lorca, los invernaderos forman una frontera. A un lado, el desierto; al otro, una geometría de tubos, plásticos y cables. El goteo

Trabajadoras agrícolas en una escena que refleja la agricultura tradicional, hoy en gran parte reemplazada por la producción mecanizada e intensiva.

Foto: Gianni Esposito



del riego marca un ritmo lento, hipnótico. Un agricultor veterano, Sebastián, observa su parcela desde la sombra: «Antes aquí solo había monte y esparto», dice. «Ahora todo son tomates. Pero el agua... cada vez menos».

España es el tercer país exportador de productos agrícolas del mundo, solo por detrás de China y Estados Unidos. Casi el 70 % de sus exportaciones agroalimentarias viajan a Alemania, Francia y otros países del norte. Pero lo que se exporta no es solo fruta y verdura: es agua.

Cada tomate que sale de un invernadero murciano lleva dentro litros de un recurso que aquí escasea. Cada palé de lechugas camino de Bruselas

representa agua que ya no está disponible para los ríos, los acuíferos o las comunidades locales.

La paradoja es evidente: un territorio semiárido, con riesgo extremo de desertificación, produce los alimentos frescos de un continente más húmedo. Realmente lo que se está haciendo es exportar agua en forma de frutas y verduras.

El conflicto por el agua no es nuevo, pero se agrava. Los agricultores del sur protestan contra las limitaciones de los trasvases; los del norte se quejan del saqueo de sus ríos; las ciudades piden prioridad para el consumo humano. En el fondo, todos tienen razón y nadie la tiene del todo.

La tecnología como fe

La fe en la tecnología se ha vuelto una religión civil. Cada crisis climática trae una nueva promesa: sensores más inteligentes, plantas más resistentes, algoritmos más precisos. Pero la pregunta sigue siendo la misma: ¿puede la tecnología vencer al clima?

Podemos adaptarnos, sí. Pero hasta un punto. La biología tiene límites. El problema no es la ciencia sino el modelo. Producimos como si el planeta fuera infinito.

En los despachos, los datos brillan. En los campos, el polvo lo cubre todo. Entre ambos mundos hay una distancia que no se mide en kilómetros, sino en prioridades.

Murcia sigue siendo la huerta de Europa, pero también un territorio sitiado por su propio éxito.

Cada crisis climática trae una nueva promesa. Pero la pregunta sigue siendo la misma: ¿puede la tecnología vencer al clima?



Trabajadores preparando un campo para el cultivo de lechuga, monitorado mediante sondas de humedad.

Foto: Gianni Esposito

Las presiones del mercado obligan a mantener precios bajos y volúmenes altos. Los supermercados del norte de Europa exigen calidad, trazabilidad y constancia. Para cumplir, los productores recurren a contratos precarios y jornadas interminables.

La tierra, exprimida al límite, se convierte en arena. Los acuíferos se salinizan. El Mar Menor, que alguna vez fue una laguna de aguas claras, es hoy un símbolo de colapso ecológico: eutrofización, nitratos, peces muertos.

Y, sin embargo, cada año, las exportaciones baten récords. El sistema sigue funcionando, aunque cada vez cueste más sostenerlo.

Más allá del desierto está el Mediterráneo

Lo que ocurre en Murcia no es un caso aislado. Desde el Magreb hasta Sicilia, pasando por Creta o el sur de Turquía, el Mediterráneo se calienta más rápido que el resto del planeta. Las temperaturas suben, las lluvias disminuyen y la agricultura se vuelve una carrera contra el tiempo.

Murcia es solo el espejo en el que se reflejan las contradicciones del modelo agroindustrial global: la obsesión por producir más con menos, la fe ciega en la tecnología, la desconexión entre quien cultiva y quien consume.

La soberanía alimentaria, en este contexto, deja de ser un concepto teórico. Es una cuestión de supervivencia. ¿Quién decidirá qué se cultiva y

para quién? ¿Las comunidades locales o los fondos de inversión? ¿Los agricultores o los algoritmos?

El Mediterráneo, cuna de la agricultura, podría convertirse en su cementerio si no se replantean las reglas.

El futuro que ya ha llegado

Detrás de cada caja de tomates que sale de aquí hay historias que no caben en las etiquetas: el ingeniero que calibra sensores, el jornalero que riega a destajo, el investigador que cruza semillas, el pequeño agricultor que resiste. Todos sostienen una maquinaria que funciona al límite, en un territorio donde el agua ya no alcanza.

Producir comida en condiciones cada vez más extremas no es solo un reto técnico: es un dilema político. Las cosechas ya no dependen solo del clima, sino también del precio del gas, de la energía o del voto. Hoy, el coste de los alimentos empieza a decidir elecciones en Europa y más allá. Lo que ocurre en los campos de Murcia no es una anécdota: es una señal. Un recordatorio de que el clima, la tecnología y la economía ya son parte de la misma batalla, y que la forma en que cultivamos puede definir el futuro de nuestras democracias.

Murcia, el desierto verde, se mantiene en pie gracias a la obstinación humana. Pero cada día cuesta más distinguir si es un modelo de futuro o un aviso del final.

Gianni Esposito

Fotoperiodista

Marta Feliu i Reig

Cuando la piedra habla

ENTREVISTA A IVANA PONSODA I REVERT MARGENADORA Y ARQUITECTA

Mientras rodeamos la mesa para decidir dónde sentarnos, siento que Ivana me transmite calma, calidez y equilibrio. Sin duda, estas sensaciones son también fruto de la sugestión tras haber leído su libro *La lliçó de la pedra. Tècnica constructiva, patrimoni i sector de la construcció*. En él habla del oficio de *margenar* y de los beneficios de la piedra en seco:¹ «un bienestar, una calma y una tranquilidad que solo quien *margena* bien encuentra» y también «las construcciones de piedra en seco se integran con el entorno, nos generan una calidez reconocible porque nuestros paisajes se han definido con la misma piedra».

Cuando empieza a hablar, percibo la fuerza y la coherencia de esta mujer que lleva más de veinticinco años fascinada y entregada a la piedra en seco; desde que participó, como estudiante de arquitectura, en un grupo de voluntariado en el Maestrat para elaborar un inventario de casetas de piedra en seco, descubriendo muchas derruidas y buscando a los abuelos de la zona para aprender a reconstruirlas.

Fuerza y coherencia, de nuevo palabras de su libro, para describir los muros de piedra en seco. «Su sobriedad esconde, entre las piedras, la compleja tarea de formar un sistema coherente». ¿El oficio hace a la persona? ¿O la persona va hacia el oficio? ¿Quién sabe!

Ivana inicia la conversación:

La piedra en seco es una filosofía de vida. Es aplicable al anarquismo, a aquello que buscamos en la colectivización, en el trabajo en

comunidad. Al final, la piedra te enseña justamente que deberías ir en esa línea. No te enseña el fascismo, ¿sabes? En una construcción de piedra en seco cada piedra tiene su función. De un muro de piedra no puedes sacar una sola. Todas las demás la sujetan. O rompes la construcción o no podrás quitar ninguna. Y un poco la vida es así, ¿no? No hay piedras feas ni fuera de lugar. La piedra que hay detrás, el relleno, forma un cajón profundo que refuerza el muro. Sin esa fuerza, las piedras de la cara del muro no aguantarían.

Hay muchas cosas que te enseña el oficio cuando realmente estás abierta al aprendizaje y tienes interés en hacerlo bien. En mi caso, instintivamente he sentido la importancia del conjunto, de la creación de un sistema coherente. Encontrar el lugar correcto de cada piedra. Sentir el sonido que hace cuando está a punto de romperse, cuando rompe bien. Cuando consigues colocar la piedra, hace «cloc», lo notas.

Cuando cojo la piedra, sostengo todo su peso. La piedra se va desplazando sobre las piedras de abajo «tiqui, tiqui, tiqui» (en este punto Ivana se

levanta de la silla, de pie, con las rodillas ligeramente flexionadas y la espalda recta, toma una piedra grande imaginaria entre las manos y se mueve con un baile lento, coordinando piernas, brazos y manos). La desplazo con mucho cuidado, como una buena caricia, nunca como un arañazo. Hasta que noto «cloc», ah, este es el punto, ¿sabes? Vas al ritmo de las piedras.

El oficio de *margenar* exige mucha sensibilidad. No consiste en llegar y trabajar la piedra bruscamente. Hay que mantener el equilibrio entre sentir la piedra y saber que está bien colocada. Entre desarrollar la sensibilidad y aprender la técnica constructiva.

Hay que hacer muchos márgenes para, realmente, hacerlos bien. Con el tiempo, hay que comprobar lo que hiciste, si con los años ha funcionado, si cae o no cae. Con el paso del tiempo los márgenes se derrumban. Pero verás por qué ha caído y aprendes de ello.

Tenemos un gran patrimonio de construcciones de piedra en seco que se han mantenido en pie a lo largo del tiempo, pero otras están parcialmente derruidas. ¿Por qué caen y cómo se rehace un muro?

Con el tiempo puede ocurrir por diversos motivos. Puede ser porque el terreno es arcilloso y el agua se filtra levantando alguna piedra por detrás y las de arriba se asientan. O bien porque no tiene un buen cajón de relleno o porque la piedra se desmenuza. Todo ello hace que el muro no resista bien el paso del tiempo.

Después de un derrumbe lo que encuentras es un muro deshecho con un montón inestable de piedras delante, por la sacudida que ha sufrido.

¿Cómo lo rehacemos? Con calma. Limpiando cuidadosamente el espacio.

Si tienes un derrumbe de cuarenta metros, evidentemente trabajas con la azada hasta que te acercas al muro; entonces utilizas la paleta, casi diría una espátula de arqueólogo.



De un muro de piedra no puedes sacar una sola. Todas las demás la sujetan.

Limpiamos una piedra y observamos qué ha pasado. Si está en buen estado, la dejamos e intentamos colocarla, sabiendo que faltan todas las demás que la sujetan, por lo que hay que encontrarlas e ir ajustándolas. Debes decidir cuál quitas, cuál dejas y cuáles sustituyes y cómo, hasta rehacer el muro entero.

Ivana, ¿cómo se enseña este oficio y cómo veis el futuro de este aprendizaje?

Yo he tenido que aprender por mi cuenta, pero no es lo ideal. Siempre se ha aprendido trabajando con quien sabía. De forma práctica y mediante transmisión oral, a través de frases hechas, como por ejemplo «pedra de ribàs vell, no li cal martell» ('piedra de ribazo viejo, no necesita martillo').

1. Piedra en seco: técnica constructiva tradicional y popular que consiste en levantar muros con la piedra del entorno, sin utilizar ningún material de cohesión, mortero o argamasa.

La gente del lugar ayudaba y entre todos lo hacían. Así aprendían las normas básicas para arreglar y rehacer los márgenes.

Primero se aprendía lo básico: acercar la piedra al tajo, limpiar el corte con la azada, cargar piedra y carearla... Colocar la piedra de cara lo hacían las personas que más sabían; el resto trabajaba para ellas. Evidentemente, quien sabía había pasado antes por las fases de iniciación. Así se enseñaban los oficios antiguamente.

En el Gremi Margener Valencià queremos que exista una formación profesional reglada y un reconocimiento del oficio de *margenar*, con una certificación oficial en una Escola del Marge, donde habría muchas horas de práctica y se impartiría la teoría necesaria. En un aula, donde se harían pruebas de paredes y se introducirían las diferentes técnicas, y con prácticas exteriores para rehabilitar o construir obra nueva real. Esta escuela podría integrarse en una escuela rural que ofreciera cursos específicos o generales de pastoreo, agricultura, etc.

En la piedra en seco en el mundo rural siempre había dos tipos de personas: la gran mayoría, que sabía lo mínimo para arreglar un derrumbe o levantar un pequeño muro, y los *margenadors* de oficio, que recorrían el territorio y dejaban su huella en detalles constructivos —algunos muy técnicos y complejos—, como la manera de rematar, el trabado entre las piedras del marco de las puertas o los arcos de descarga hechos con losas finas en vertical..., detalles que se repetían en todas sus obras.

La gente del lugar ayudaba y entre todos lo hacían. Así aprendían las normas básicas para arreglar y rehacer los márgenes. En nuestro territorio hay metros y kilómetros de márgenes. Los agricultores y ganaderos son quienes han mantenido este patrimonio que ha llegado hasta nuestros días.

Aquí, en la vall de Perputxent, mirando hacia la solana del Benicadell, vemos la sierra aban-calada hasta lo más alto. ¿Qué presencia tiene la piedra en seco en nuestro territorio y desde cuándo?

La piedra en seco es el elemento que ha ordenado el territorio. Se han aban-calado las montañas, se han hecho caminos y mojones que delimitan las fincas, corrales para la trashumancia del ganado, acequias y elementos hidráulicos.

El aban-calamiento de las sierras, por ejemplo, es un indicador demográfico. Cuando aumenta la población, hay que ganar terreno de cultivo. En el valle, las zonas de huerta son llanas, fértiles y con agua. Si hay más gente que alimentar, se aban-calán sierras enteras con piedra del propio terreno.

En la parte baja de las sierras se ven muros bajos y bancales profundos. Y en la parte más alta, muros de mayor altura y bancales más estrechos, para una sola hilera de olivos, por ejemplo. Probablemente estos últimos se abrieron durante el crecimiento demográfico del siglo XIX.

La piedra en seco se ha utilizado durante toda la historia de la humanidad y la encontramos en todo el mundo, tanto en el poblado íbero de la Bastida de les Alcusses como en la ciudad inca de Machu Picchu.

Hay que poner en valor la arquitectura tradicional: son soluciones bioconstructivas contrastadas.

Los márgenes que vemos ahora pueden ser originalmente antiguos; pero, claro, van cayendo y rehaciéndose.

El color de la piedra es un buen indicador. Cuanto más gris, más antigua es la pared. La piedra caliza de nuestro territorio es blanca y, al contacto con el CO₂, se va oscureciendo. Los márgenes con todas las piedras de color gris oscuro se han mantenido en pie durante muchos años.

Leyendo *La lliçó de la pedra me han sorprendido los muchos beneficios que explicas: un margen de piedra en seco genera biodiversidad, ayuda al control de plagas y a la polinización, mantiene la humedad del suelo, facilita el drenaje y favorece la fertilidad de la tierra. Las casas de piedra en seco tienen propiedades térmicas e ignífugas...*

A mí lo que más me fascina es que es un material que ya tienes en el terreno, no necesita transporte. No requiere agua, no es contaminante ni genera residuos.

No tiene impacto, no supone una modificación sustancial del entorno. En todo caso, el impacto es beneficioso porque genera hábitat para ti y para más flora y fauna.

Otra cosa que me gusta mucho es la autosuficiencia. Tú sola puedes levantar una construcción de piedra en seco. Con ayuda mejor, claro. No necesitas maquinaria ni herramientas complejas; en todo caso, un capazo, una azada, una piqueta y un mazo. No dependes de alta tecnología.

Son construcciones adaptables a cada territorio, a la piedra existente y teniendo en cuenta las necesidades. Hay diversos ejemplos: muros hechos con piedra de río o con piedra de yeso. En estos últimos, cuando se mojan con la lluvia, el yeso se deshace y sella el muro.

En zonas con riesgo sísmico se ha construido en piedra en seco con sistemas de anclaje especiales. En lugares de clima extremo hay casetas que se mantienen frescas en pleno verano y, con una buena orientación, se calientan con el sol de invierno.

Hay que poner en valor la arquitectura tradicional: son soluciones bioconstructivas contrastadas. Aquí tenemos los ejemplos del tapiál y la piedra en seco. Estos beneficios también son aplicables a las ciudades, tan alejadas de la naturaleza. Se pueden hacer pavimentos de piedra en seco para que empiecen a respirar.

¿Y por qué crear un gremio?

Necesitábamos encontrarnos las *margenadors* y *margenadors* del territorio para unir esfuerzos. Conocimos el Gremi de Margers de Mallorca y nos animamos. Igual que los catalanes. Somos tres gremios hermanados.

En el País Valencià somos un grupo de personas de todas las edades y, para organizarnos, hemos celebrado numerosas reuniones y almuerzos, y también hemos visitado a *margenadors* jubilados que no podían acudir, para recoger la voz de todos.

Los objetivos del gremio son recuperar el oficio y mantener la calidad. Generaremos un mapa para localizar quién trabaja la piedra con buena calidad en el territorio y facilitar posibles contrataciones. Sobre todo, hay un objetivo importante: cuidar la salud laboral y mejorar las condiciones de jubilación.

El oficio de *margenar* ha sido históricamente un oficio de hombres, en el que han predominado valores como la fuerza y la valentía y se han olvidado otros igualmente importantes: el conocimiento y la sensibilidad.

Hemos aprendido de los *margenadors* veteranos que no hay que hacer el bruto en este oficio. Algunos están bastante castigados tras toda una vida trabajando la piedra, y han sido ellos quienes han puesto sobre la mesa la necesidad de cuidarse.

Puede parecer que este tema llega de las mujeres que estamos en el oficio, pero no; es la voz de la experiencia de los *margenadors* de siempre, dicha con la sonrisa que da este oficio.

¡Qué alegría! Ivana, para cerrar la conversación, quiero decirte que te ha quedado un libro muy bonito.

¡Es que la piedra es muy bonita!

El objetivo del libro es la difusión: para quien quiera aprender el oficio, para técnicos de patrimonio y arquitectos, y para el público en general. Estoy contenta: ha quedado muy completo y, además, la gente del oficio me ha dado su bendición.

Marta Feliu i Reig

Comboianta y habitante de la Vall de Perputxent (El Comtat, País Valencià)

Este artículo ha contado con el apoyo financiero de la Generalitat Valenciana.

Garazi Zabaleta Urkiola

MILES DE LITROS DE ZUMO DE MANZANA DE OZAETA AL MUNDO

OBRADOR COLECTIVO DE BARRUNDIA (ARABA)

«¿Saco una botella de zumo de manzana?». Así ha comenzado la conversación con Koldo Lopez Borobia, Susana Lopez de Ullibarri y Santi Txintxurreta, integrantes del Ekonomato de Barrundia (Araba). Esto no es Hernani ni Astigarraga —capitales de la sidra, en Gipuzkoa—, pero el vínculo especial que tienen con los manzanos y su cultura está presente. Situado en la Cuadrilla de la Llanada Alavesa, Barrundia es un municipio formado por 14 pueblos y alrededor de 900 habitantes. Orgullosas, las entrevistadas recuerdan que, de aquí, de Ozaeta —capital del municipio— salió la primera sidra ecológica de la Comunidad Autónoma Vasca.

Pero la sidra no va a ser la protagonista de este reportaje, ya que hemos venido a este municipio alavés a hablar de zumo de manzana. Y es que hace once años nació el obrador público para hacer zumo de manzana en Ozaeta, en las instalaciones municipales, y desde entonces, son cientos los habitantes que han pasado por allí. Cientos de habitantes, miles de kilos de manzana y miles de litros de zumo. El Grupo de Consumo de Barrundia OKT y el Ekonomato han sido los principales impulsores del proyecto.

Variedades que se han 'hecho al lugar'

Es necesario retroceder en el tiempo para conocer el origen del obrador de Barrundia. Hace unos 30 años, Koldo Lopez Borobia llegó a Ozaeta con la intención de empezar a hacer sidra y quiso recoger la relación que el valle había tenido con la manzana en el pasado. «En el pueblo de Larrea vivió un señor llamado Patxi Segura. Su familia tenía el único vivero particular de Araba antes de la concentración parcelaria y de allí salían frutales a toda la provincia y a los pueblos de Barrundia. Era él mismo quien injertaba las variedades», cuenta.

Los entrevistados no conocen las fechas exactas, pero calculan que podrían haber pasado al menos 50 años desde que lo pusieron en marcha. De aquel vivero salieron tres variedades de manzanos que consideran locales: frantsesa (francesa), udare-sagarra (pera-manzana) y bella de Boskoop. «Al parecer, el origen de la manzana está en Kirguistán, por lo tanto, el fruto llegó desde otro lugar aquí también, llamarlo 'local' no sería del todo correcto. Pero, lo que sí es verdad es que en los viveros sabían qué variedades se adaptaban bien, y las seleccionaban y reproducían», explica Lopez de Borobia.

Indagando en la historia de la manzana en el valle, dieron con unos manzanos centenarios en una casa de Ozaeta. «Esas variedades no las hemos visto en ningún otro sitio, ni en Gipuzkoa, ni en Asturias. Las hemos recogido con los nombres del lugar, son seis manzanos, pues *azuñ1*, *azuñ2*, *azuñ3*... así los hemos nombrado», comentan. En la investigación vieron que, a diferencia de lo que pasa en Gipuzkoa, en el valle no había gente que viviera de la manzana ni producciones importantes, pero sí un fuerte vínculo con ella: pequeñas fincas de

Los entrevistados, miembros del Ekonomato de Barrundia: Susana Lopez de Ullibarri, Koldo Lopez Borobia (de pie) y Santi Txintxurreta.
Foto: ARGIA CC BY SA



manzanos, gente aficionada, el árbol en todas las huertas, toponimia ligada a la manzana...

«Siempre ha habido gente que ha mantenido ese vínculo; muchas veces ha sido un fino hilo, pero no lo han dejado perder. Y esa cultura no solo ha existido en Ozaeta, también en Etura, en Larrea, en Elgea..., en todos los pueblos», destacan. En Elgea, por ejemplo, dieron con la manzana *barrularu*, variedad local referente en el valle. «Encontramos *barrularus* en dos o tres sitios, injertados por Zirilo Mendaza hace mucho tiempo. El nombre hace referencia al color amarillo del interior». Nos cuentan que el origen de esa variedad está en el pueblo de Marieta, en la década de 1930, antes de la guerra. Una familia de Elgea recogió los vástagos de allí y los injertó al lado de las dos ermitas de su pueblo. En la década de 1980, Mendaza los recogió y los injertó en Ozaeta. El *barrularu* es una variedad tempranera y aguanta mucho. Hoy en día, tienen uno plantado al lado del ekonomato, por la importancia simbólica que tiene en el valle.

¿Manzanas pudriéndose en el suelo? ¡No es posible!

Del trabajo de identificación de los árboles viejos y de las variedades locales, en 2014, surgió el censo de los manzanos de Barrundia. Fue una investigación participativa con la implicación de

voluntarios y miembros del grupo de consumo. «La idea era recoger todas las manzanas, hacer el censo y crear una especie de banco». En el proceso recogieron unas 20 variedades de manzana, y aunque algunos se han perdido, han conseguido mantener al menos 'los más significativos'.

Una vez concluido el trabajo de identificación y censo, empezaron a plantear qué podían hacer para mantener y proteger esos manzanos. «Veíamos que la mitad de las manzanas de esos árboles se quedaban tiradas en el suelo, pudriéndose», comenta Santi Txintxurreta. Él era el responsable del ekonomato en la época y, junto con otros miembros, llevaba años recogiendo manzanas para llevarlas al obrador de otra localidad, a Aramaio, y allí hacer zumo. Fue así como les surgió la idea de que algo parecido podría funcionar en Barrundia.

Justo ese año, en 2014, la Diputación Foral de Álava, junto a la Asociación de Productores de Manzana y Sidra de Araba ASSE, compró un equipo móvil para hacer zumo de manzana y recorrer los pueblos ofreciendo ese servicio. «Nos llegó la información al Ekonomato y decidimos traer el equipo móvil al pueblo. Pedro Lizarralde, de Aramaio, era el encargado que pasaba pueblo por pueblo con el carro, y así empezó a animarse



la gente», recuerda Txintxurreta. Llevaron el carro-obra dos veces a Ozaeta y, viendo que funcionaba muy bien y no era tan complicado poner un proyecto similar en marcha, se lanzaron a la aventura. «El equipo móvil promovió que en más de un pueblo de Araba surgiera la idea de comprar maquinaria propia. Aquí teníamos el apoyo del Ekonomato y del Ayuntamiento, por lo que se decidió dar el paso». En 2015 produjeron zumo por primera vez con el equipo propio de Barrundia.

Miles de litros de zumo anuales, de un equipo pequeño

El Ayuntamiento tenía un local debajo de las gradas del frontón de Ozaeta y fue ahí donde montaron el obrador. «Una trituradora, una prensa y una pasteurizadora, esas son las máquinas que se necesitan, no supone una gran inversión», explica Txintxurreta. El primer año el Ekonomato organizó los turnos para hacer zumo y contrataron a una persona para ayudar con el proceso y explicar el funcionamiento del material. «La gente venía con sus manzanas, utilizaba las instalaciones con la ayuda de la operaria, pagaba lo que debía y volvía a casa con las botellas de zumo», comentan. Arantza Arrien ha sido durante muchos años la encargada del obrador y los impulsores del proyecto remarcan su implicación y trabajo.

Sin embargo, lo que al inicio parecía algo a pequeña escala, enseguida comenzó a coger fuerza y a extenderse. Al principio empezaron solo

por las tardes, pero pronto vieron que era necesario ampliar los turnos a la mañana. «El primer año fue un boom gigante, y nos apañamos como bien pudimos. El segundo año contratamos a dos operarios, se hacían los turnos de lunes a viernes de mañana y de tarde y sábados por la mañana», recuerda Susana Lopez de Ullibarri. En cada turno se transforman unos 200 kilos de manzana y salen unos 100 litros de zumo.

El primer año se animó a hacer zumo sobre todo gente de Barrundia, pero el proyecto fue difundiéndose. «El objetivo inicial era aprovechar los manzanos que teníamos en la zona, y con los años la gente del pueblo seguía teniendo prioridad, pero cada vez venía más gente de fuera», comentan. Venían grupos de la costa de Bizkaia, de Nafarroa, de Gipuzkoa, de Burgos... Cada año salían miles de litros de zumo de manzana, de Ozaeta al mundo. «En 2015 salieron 12.000 litros; en 2016, 3.700; en 2017, 11.000; en 2018, 17.000...». Cada año, la tendencia ha sido creciente.

La filosofía de los propulsores siempre fue que todo el mundo ganase con el proyecto: el Ekonomato, los trabajadores, los manzanos, los usuarios... «Calculamos el valor de la botella de zumo de manzana en dos euros: medio euro era el valor de la manzana; otro medio euro, del operario del obrador; otro medio euro, del trabajo del dueño; y el último medio euro era para pagar las botellas y las tapas», cuenta Txintxurreta. Los usuarios solo pagan un euro, ya que el valor de la manzana y de su trabajo se descuenta del precio. Y, además, existe la posibilidad de pagarlo en

El ekonomato, un espacio que da vida al pueblo

Este espacio, impulsado en 2009 por el grupo de consumo de Barrundia, es mucho más que una simple tienda, ya que de ahí surgen muchos otros proyectos: formaciones, talleres, actividades, eventos... Entre sus fines está promover un modelo de agricultura social y solidaria, un consumo responsable, la cultura y las tradiciones y facilitar los canales cortos de comercialización. En cuanto a la formación ligada a la manzana, en 2016 organizaron un curso de tres sesiones para conocer el proceso de los manzanos en cada estación, en el que participaron más de 60 personas del valle. En 2019 organizaron otra formación ligada a la elaboración de la sidra, con el agrónomo Jakoba Errekondo. «Y entre nosotros también hemos creado espacios más informales para compartir saberes, para aprender a injertar, por ejemplo», añade Lopez Borobia.

El ekonomato se encuentra en un local del Ayuntamiento de Barrundia, y viendo el trajín que hay el viernes a la mañana, más allá de un punto para hacer la compra, se nota que es un lugar de encuentro de los habitantes.

zumo de manzana, dejando unas botellas para el grupo de consumo del Ekonomato.

Enriquecer las relaciones entre los habitantes

El año pasado los miembros del proyecto decidieron hacer un gran cambio de funcionamiento: limitar el servicio del obrador colectivo a los habitantes de Barrundia. «Hace dos años, la operaria dejó el trabajo y contratamos a nuevos trabajadores. La campaña fue muy bien, pero cada vez nos era más difícil encontrar gente para trabajar, ya que es una labor muy intensa», explica Lopez de Ullibarri.

De hecho, mientras las cantidades elaboradas aumentaban, la presión de los miembros de la asociación que organizaban y dinamizaban el espacio y de los operarios del obrador también aumentaba. «Los del pueblo nos conocemos entre nosotros y la gente de aquí puede entender que a veces puede haber problemas, que el operario ha enfermado o que faltan botellas... porque esto no es una empresa. Pero, con la gente que viene de fuera, a veces era más complicado. Ha pasado pocas veces que haya fallado algo, pero es verdad que la presión era enorme», comenta Txintxurreta.

Por ello, el año pasado decidieron volver al origen y a los objetivos iniciales del proyecto. «Aprovechar la manzana local y cuidar los manzanos y la tierra, esos eran los objetivos, y el zumo de manzana, de alguna forma, era motivación para ello», comentan. Así pues, aun con pena por tener que decir que no a los que venían de fuera, decidieron que a partir de ese momento el servicio del obrador se limitaría a los habitantes de

Barrundia. «Es una pena, pero bueno, quizás esto ayude para que se pongan en marcha proyectos similares en otros municipios», comentan. «El año pasado se produjeron unos 8.000 litros de zumo, y por primera vez no hubo operario, por lo que era responsabilidad de cada turno mantener el espacio limpio, ordenado y bien cuidado», añaden. 2025 no ha sido muy buen año en cuanto a la producción de manzanas —hay que tener en cuenta que suele ser bienal—, se han producido 800 litros de zumo. «Ha sido la novena campaña, es el año en que menos litros se han sacado», comentan.

Por lo que comentan los propulsores del proyecto, el nuevo modelo autogestionado también promueve las relaciones entre los habitantes. En los diferentes turnos ha ocurrido que había personas con mucha experiencia y otras recién llegadas, y más de una vez se han juntado espontáneamente para ayudarse entre ellas. «Eso ha conseguido el proyecto del zumo, construir relaciones y crear nuevas redes entre los habitantes», recalca la responsable del ekonomato. Remarcan que la mayoría de la gente se anima a hacer zumo en familia o entre amigos. «Viene mucha gente de avanzada edad, con los hijos o con los nietos», añaden. Por otro lado, el alumnado de la escuela rural del pueblo y los miembros de la fundación Itaka de Gasteiz también utilizan las instalaciones de Ozaeta.

Garazi Zabaleta Urkiola
Colaboradora de la revista
Argia y de Bizi Baratztea

Nota: Este artículo fue originalmente publicado en euskera en la revista Argia.

*Auzolan (trabajo comunitario) de
plantación de olivos en Cal Cases.
Foto: Clara Bertran*



El viernes tendremos una tregua en este invierno lluvioso. La lluvia habrá hecho su trabajo y la tierra estará en sazón. Hace días, una compañera fue a por unos frutales y estamos esperando el momento adecuado para plantarlos. Hoy hemos recibido un aviso de la comisión que lo organiza. El viernes, todas las personas que puedan venir están convocadas.

Es la segunda fase de un proyecto que iniciamos hace cuatro años, cuando comenzaba la que acabaría siendo una de las sequías más brutales que hemos vivido. Decidimos dar un paso más por el uso responsable y adecuado del agua: una balsa de depuración de aguas grises y negras que regará un campo de frutales.

Para llegar aquí han pasado muchas cosas que, de una forma u otra, nos han implicado a todas. Jornadas de curro abiertas a compañeras y vecinas. La inestimable ayuda del vecino con su excavadora. Tiempo para leer, formarnos y adquirir conocimientos que no teníamos. Probar. Equivocarnos. Aprender y mejorar. Hemos

aprendido que los jabalíes también destrozan las balsas de depuración y que hay que vallarlas. Hemos aprendido que es fundamental hacer un buen cálculo del recorrido de las balsas y hemos tenido que ampliarlas. Manos, muchas manos, grandes y pequeñas: todas hemos colaborado como hemos podido. Y también quienes, mientras tanto, han cocinado, han cuidado de las criaturas o atendían otros frentes que, en paralelo, tenemos en casa. Un entramado de personas organizadas para sacar adelante proyectos como este. Este viernes daremos un paso más.

Un sueño que empezó en un ateneo del barrio de Gràcia

¿Cómo hemos llegado hasta aquí? Cada una de nosotras tiene su trayectoria vital, que la ha llevado hasta donde está ahora. El grupo que soñó este proyecto comunitario y tuvo la locura de hacerlo realidad se gestó en el movimiento antiglobalización de la Barcelona de los años noventa y principios de los 2000 y que, entre muchas

otras cosas, dio un fruto en el barrio de Gràcia: el Ateneu Rosa de Foc. Entre cajas de verduras de la cooperativa de consumo, acciones de calle del grupo de acción local o en el mercado mensual de la red de intercambio, empezaron las primeras conversaciones: ¿cómo podemos ir más allá? Qué potencia tiene sentir la fuerza colectiva para crear e imaginar nuevas vidas. Y de eso pronto hará diecinueve años.

Durante los primeros años, la energía del grupo se dedicó principalmente a la construcción y rehabilitación de los espacios para acoger a todas las integrantes, con una gran apuesta por la bioconstrucción. Mientras tanto, y sobre todo después, se fue avanzando en la autogestión rural, trabajando la soberanía alimentaria y energética. Sin dejar de lado todo ello, en los últimos años hemos puesto el foco en el ámbito organizativo y relacional. El trabajo nunca se acaba.

Comunales rurales o barbarie

Estamos construyendo vidas libres que, al juntarse, son capaces de ir desplazando al capitalismo. Para nosotras, eso es la libertad. Y para hacerlo hay muchos caminos. En nuestro caso hemos apostado por la vida rural, que nos ofrece la posibilidad de practicar el autoabastecimiento y la soberanía: el poder de producir parte de lo que comemos en casa. La apuesta política es conocer y vincularnos con las campesinas que producen los alimentos que compramos, apoyando proyectos agroecológicos y de proximidad; calentarnos con la leña que obtenemos en nuestra finca, gestionando los bosques cercanos y contribuyendo a la prevención del riesgo de incendios.

Ahora bien, en un mundo capitalista, generar vidas y prácticas al margen es un ejercicio lleno de complejidades y contradicciones. No las

ocultamos. No hemos dejado del todo los trabajos que tenemos dentro del sistema y a veces hemos sentido que llevamos una doble vida, viviendo cada una la tensión de buscar el equilibrio imposible entre dentro y fuera del sistema. Precisamente con el objetivo de que cada cual encontrara su propio equilibrio, hace años creamos un modelo económico propio. Todas aportamos el mismo número de horas al proyecto, pero una parte la aportamos en horas de trabajos comunitarios y otra en dinero o moneda social. Calculamos la aportación económica según el precio por hora que se nos paga en el mercado laboral, para compensar las desigualdades salariales que produce el mercado. Cada cual escoge qué parte aporta en horas y qué parte en dinero, pero todas aportamos ambas cosas. Hace meses iniciamos un proceso interno para replantear este sistema. Queremos promover que el ámbito colectivo gane todavía más peso en nuestro proyecto y en nuestras vidas. Mientras tanto, de forma transitoria, probaremos a aportar un mismo porcentaje de los ingresos que tiene cada una. Esto es un laboratorio de prácticas comunitarias en movimiento constante.

¿Y cómo integramos los cuidados? Esta es otra de las complejidades y uno de los ámbitos de reflexión permanente. Procuramos que los cuidados ocupen un lugar central en el proyecto. Somos una red de apoyo mutuo que funciona diariamente. Pero ¿cómo se concreta esto? En el plano organizativo hay dos tareas que tienen un lugar central y son obligatorias para todas las integrantes de Cal Cases: cocinar y limpiar los espacios comunes. El resto se eligen según lo que motiva a cada una. Entre otras, tenemos tareas vinculadas al autoabastecimiento rural, pero también a los cuidados. De hecho, ¿el autoabastecimiento rural no es también cuidado? Sí, es un tema que sigue



Jornada juvenil de elaboración de pan con harina de trigos antiguos de proximidad y botes de conserva de tomate los huertos. Foto: Cal Cases

Ruth de Frutos

generándonos preguntas. Y a veces también tensiones. A pesar del convencimiento feminista de que todas las tareas son necesarias y no debería haber jerarquías entre ellas, seguimos notando que algunas parecen tener más reconocimiento que otras y que aún tenemos que dar pasos para que la responsabilidad sea plena y no haya desequilibrios de género. Y muchas de estas tareas son físicas: seguimos dándole vueltas a cómo incluir la diversidad de capacidades y la fragilidad de nuestros cuerpos.

No hay común sin comunidad

Cuando vinimos a vivir a Cal Cases, en general lo que más nos preocupaba era adaptarnos a la vida rural y aprender un montón de cosas sobre el bosque, la leña, el huerto, los frutales o el pan. La mayoría procedíamos de entornos urbanos y había muchísimo que aprender. Y sí, hemos tenido que aprender muchas cosas y seguimos haciéndolo; pero, sin ninguna duda, el ámbito que nos plantea los aprendizajes y retos más grandes ha sido el relacional y emocional. La convivencia hace que las fricciones habituales en cualquier interacción humana sean un poco más intensas. Por eso le dedicamos recursos, tiempo y energía, y también recibimos acompañamiento externo. Los aprendizajes que hemos hecho en este sentido son infinitos.

Con los años también hemos mejorado en organización y estructura interna para poder llevar adelante todo lo que contamos en este texto. Tomamos las decisiones conjuntamente en las asambleas, pero con el tiempo hemos incorporado aspectos de la sociocracia: hemos creado grupos de trabajo por ámbitos que tienen cierta autonomía de decisión. Cuando decidimos cambiar el modelo organizativo, una libélula se quedó suspendida en el centro del círculo de la asamblea y, sin saberlo, bautizó nuestra organización. Tenemos cuatro alas (que funcionan como comisiones): Hábitat se encarga del cuidado y mejora de los espacios que habitamos; Biòtop, del territorio; Vida en comú, de la parte relacional y emocional; y Xarxes, del vínculo con el exterior. También tenemos un espacio de articulación, cuerpo, donde hay una persona representante de cada ala. Y, finalmente, los espacios de trabajo y toma de decisiones que nos implican a todas, que realizamos cada mes: *auzolan* (el término en euskera para referirse al trabajo comunitario), asamblea emocional, asamblea logística y un espacio monográfico para profundizar en un tema. Y dejamos

para el final —aunque no son menos importantes— los espacios de celebración. Un engranaje ambicioso e imprescindible para sacar adelante todo lo que nos proponemos.

Mirando hacia delante

Es muy sencillo. Y, al mismo tiempo, tal como está el mundo, profundamente revolucionario. Vivir una vida en armonía con nuestro entorno y con las demás personas. Reconocernos eco-dependientes e interdependientes y vivir unas vidas coherentes con ello. Desmarcarnos de las grandes creencias que nos ha inculcado el sistema capitalista: el crecimiento infinito, la arrogancia antropocentrista y el individualismo. Declararnos insumisas ante la destrucción del planeta y la desposesión de otras vidas humanas. Reconocernos como nada más que pequeñas partes de un ecosistema donde todo está interrelacionado en un entramado maravilloso, pero frágil: la Vida. Comprometernos con una gran tarea: custodiar y cuidar este trozo de territorio del que formamos parte y al que debemos nada menos que la vida. Hacerlo juntas, construyendo comunidad codo con codo. Y no quedarnos solo en nuestro proyecto, sino tejer complicidades con todas las personas, colectivos y organizaciones que apuestan por construir un mundo en el que todas las vidas merezcan ser vividas. Los retos que tenemos por delante son enormes. Nos necesitamos a todas.

Finalmente, hoy, el día en que terminamos de escribir este texto, ha sido el día en que hemos plantado los frutales. En paralelo, las jóvenes y algún peque, que estaban en casa porque hoy no tenían escuela, se han encargado de hacer una hornada de pan y galletas en el horno de leña. Hemos terminado el día cenando juntas y celebrando todo lo que hemos hecho hoy. Es emocionante ver que Cal Cases es una escuela de vida para todas, grandes y pequeñas, que formamos parte de ella. A pesar de las dificultades y de que a veces nos cuesta ver los frutos y el potencial de lo que estamos haciendo, seguimos convencidas de que la construcción de comunidad es la base para transformar el mundo. Sentir la fuerza de todo lo que somos capaces de hacer cuando estamos juntas nos empuja a continuar. Esperamos que este espíritu trascienda nuestra casa. ●

Cal Cases

Comarca del Moianès (Catalunya)



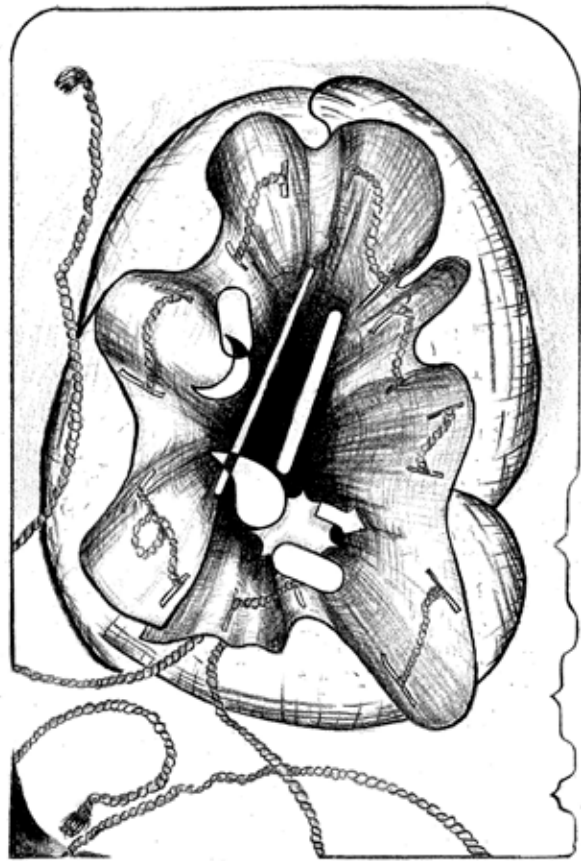
RESEÑA DE LA TEORÍA DE LA BOLSA DE LA FICCIÓN

¿Qué es más atractivo: una recolectora envejecida que puede dedicar quince horas semanales a su subsistencia (buscando semillas, brotes, raíces, hojas o nueces) y disponer así de tiempo para muchas otras cosas o el hábil cazador que se enfrenta a grandes mamíferos y vuelve tambaleándose con un montón de carne, mucho marfil y un buen relato? Para la escritora estadounidense Ursula K. Le Guin, autora de *La teoría de la bolsa de la ficción*, y su prologuista, la filósofa Donna J. Haraway, la respuesta es clara y no es la propia del patriarcado ni del capitalismo. «No fue la carne lo que marcó la diferencia, fue el relato» y, por ello, resulta imprescindible poner la historia de la vida y de la naturaleza en el centro.

Le Guin, quien se enfadó profundamente al comprender la importancia política de firmar con su propio nombre para visibilizar el trabajo de las mujeres, desarrolló una producción literaria tan

vasta como influyente. Entre sus más de veinte novelas, un centenar de relatos, una docena de libros de poesía, traducciones y obras infantiles, *La teoría de la bolsa de la ficción*, publicada por primera vez en 1988 con el título original *The Carrier Bag Theory of Fiction*, destaca como una pieza fundamental de su pensamiento.

En este ensayo, traducido por Luciana Chieragati e Ibon Salvador e ilustrado con seis dibujos especialmente confeccionados para la edición de Rara Avis (2022) por Martín Farnhoc Halley, Le Guin bebe de la teoría de la bolsa de la evolución humana. Formulada por la antropóloga Elizabeth Fisher en *Women's Creation*, sostiene que, mucho antes que el cuchillo o el hacha, la bolsa fue el primer invento cultural, ya que permitió transportar la carga y llevar la energía de vuelta a casa. «Esta teoría no solo (...) evita grandes áreas de absurdos teóricos (habitadas en gran parte por



Dibujos de Martín Farnhoc Halley, especialmente confeccionados para la edición de Rara Avis Editorial, 2022

tigres, zorros y otros mamíferos altamente territoriales); también me enraíza, personalmente, en la cultura humana como nunca antes me había sentido enraizada», escribe Ursula K. Le Guin.

De Elizabeth Fisher a Lillian Smith, y en abierta contraposición a los postulados de Freud, la autora señala que «la mujer es, en realidad, 'su falta de lealtad a la civilización'». Esa civilización a la que aluden muchos teóricos no es la propia de la recolectora envejecida, sino la del hombre dedicado a golpear, clavar, forzar y matar.

Ese asesino, frecuentemente elevado a héroe, es la figura de la que Le Guin se aleja de forma radical en esta obra de menos de cincuenta páginas. Frente a él, propone la importancia del uso de objetos sencillos, capaces de transportar lo útil, lo comestible o lo hermoso, como son la bolsa, la cesta, el trozo de corteza, la hoja enrollada o la red de pelo. Es el relato de una heroína cotidiana, colectiva y anónima, libre y alegre, frente al relato del héroe asesino.

«Es el relato el que hace la diferencia», concluye con rotundidad la autora, consciente de que, como también advierte Haraway en el prólogo, «el problema es que todos nos hemos dejado

Es el relato de una heroína cotidiana, colectiva y anónima, libre y alegre, frente al relato del héroe asesino.

convertir en parte del relato del asesino, y así puede ser que terminemos junto a él». Por ello, Le Guin propone, con un claro sentimiento de urgencia, buscar en la naturaleza, en el sujeto y en las palabras del otro relato, en la historia de la vida.

Y va aún más allá, como hiciera Virginia Woolf en el «Glosario» de *Tres guineas*, texto que la autora recupera para resignificar la figura del héroe como botella en una «revisión punzante», en sus propias palabras. La historia de la botella, como la de la bolsa y la de la naturaleza, se han contado durante siglos, aunque de formas no hegemónicas. Entre ellas, Le Guin destaca los mitos de creación y transformación, los relatos pícaros, los cuentos populares, los chistes y las novelas.

Son precisamente las novelas, y en especial las de ciencia ficción, las que ocupan buena parte del cierre de este ensayo breve y de la vida literaria de Le Guin, al considerarlas relatos estructuralmente no heroicos.

Autora también de obras clave de la fantasía y la ciencia ficción, como las del ciclo de Terramar (*Un mago de Terramar*, *Las tumbas de Atuan*, *La costa más lejana*, *Tehanu* y *En el otro viento*) o del ciclo del Ekumen (*El mundo de Rocannon*, *Planeta de exilio*, *La ciudad de las ilusiones*, *La mano izquierda de la oscuridad*, *Los desposeídos*, *La palabra para mundo es bosque* y *Cuatro caminos hacia el perdón*), Le Guin ha sido reconocida como una fuente de inspiración por autoras posteriores, como Margaret Atwood.

Más actual que nunca, Ursula K. Le Guin concluye su propio relato libre y alegre en *La teoría de la bolsa de la ficción* de manera esperanzadora, porque «todavía hay semillas que recoger y espacio en la bolsa de las estrellas».

Ruth de Frutos

Periodista e investigadora especializada en derechos humanos

LA FUENTE

Un lugar de encuentro para pobladoras

Enxeñería Sen Fronteiras Galicia (galicia.isf.es / @ESFGalicia)

En Enxeñería Sen Fronteiras Galicia somos gente corriente intentando hacer cosas no tan corrientes: que la tecnología se ponga al servicio de las personas y de la vida en todo el mundo. De ahí lo de Sen Fronteiras. En lugar de «llevar soluciones», acompañamos e impulsamos reflexiones y procesos que ya existen en universidades, centros de secundaria y formación profesional, organizaciones profesionales y de la economía social y, cómo no, comunidades rurales. Este trabajo lo llevamos a cabo aquí y en otros países como Honduras o Mozambique.

Actuamos en diferentes ámbitos de la tecnología, sobre todo los que tienen que ver con servicios básicos como el agua, la energía, la alimentación o las TIC, siempre para reforzar capacidades de decidir qué producir, cómo y para quién, y con un enfoque de reapropiación de la tecnología sin dejar a nadie atrás (y aquí la brecha tecnológica de género es un tema que nos quita el sueño). También intentamos llevar a todo lo que hacemos una visión de ciudadanía global, para ser conscientes de los privilegios que tenemos y cómo afectan en otros lugares del mundo. Todo lo que sea tecnología libre nos emociona, y también los espacios de celebración, a los que llamamos «vertebración».

En soberanía alimentaria trabajamos desde varios frentes: formaciones y tertulias sobre agroecología, bioconstrucción o desarrollo rural y comunitario, campañas de sensibilización, investigación participativa y ciencia ciudadana, apoyo a redes campesinas y pesqueras (sobre todo de mujeres) o restauración de ecosistemas en el sur de Honduras y, por supuesto, creando red entre productoras de aquí y las de otros lugares de trabajo, con un programa del que estamos especialmente orgullosas llamado Mulleres Bravas.

¿Qué aportamos al medio rural? Tiempo, herramientas y aliados para que quien cuida la tierra y el mar pueda seguir viviendo con dignidad: diversificación productiva, mejora de semillas criollas, defensa del territorio frente a proyectos extractivos, cartografía participativa o apoyo a la pesca artesanal y al marisqueo. Y, sobre todo, nos gusta tejer complicidades, aprender de otras y poner la ingeniería a sumar en esas luchas.

Eixarcolant (www.eixarcolant.cat / @eixarcolant)

Vamos en grupo. Caminamos despacio por un margen. Nos detenemos ante una planta que muchos pisarían sin mirar. La tocamos, la olemos, la nombramos. Alguien recuerda cómo la cocinaba su abuela en épocas de escasez. Alguien señala que fija nutrientes, resiste la sequía y brota sin pedir permiso. ¡Y también puede ser fibra o juego! En ese gesto empieza una pregunta política: ¿cómo recuperamos el pasado para transformar el futuro?

Para el Col·lectiu Eixarcolant, las malas hierbas son plantas olvidadas. Frente a una mirada que simplifica los paisajes y reduce su complejidad, nos empeñamos en reconocerlos como sistemas bioculturales y económicos que nos sostienen. En ellos queremos decidir colectivamente qué cultivamos y qué comemos, y así ejercer soberanía.

Somos una entidad de los Països Catalans, formada por más de 1.500 socias, una junta y un equipo técnico. Desde hace diez años desarrollamos más de 400 actividades anuales para recuperar plantas silvestres comestibles y variedades agrícolas tradicionales, como herramientas concretas de soberanía alimentaria. No lo hacemos desde la nostalgia, sino reconociendo que son recursos disponibles, adaptados al territorio y capaces de crecer con pocos insumos externos. Investigamos, divulgamos, conservamos y multiplicamos semillas; acompañamos la creación de bancos locales; e impulsamos proyectos que conectan biodiversidad, pequeña y mediana payesía y acceso a alimentos silvestres y agroecológicos.

PALABRA DE CAMPO

LA PENÍNSULA DE LAS CASAS CERRADAS

Mientras leía estos últimos meses La península de las casas vacías, de David Uclés, esa revisión de la guerra civil atravesada por el realismo mágico, me vino a la cabeza tomar prestado su título para este artículo sobre la situación de la vivienda en las zonas rurales. Sin embargo, me gustaría concretar que la mayoría de casas no están vacías porque sí. Yo quiero hablar de esas casas que alguien un día cerró, con cerrojos físicos y mentales.

Así, la casa anterior en la que viví es una de tantas que un día se cierra y que muchas veces termina por caerse. Siempre me pareció curioso ese fenómeno por el cual habitar los espacios es lo que sostiene sus muros y el calor humano y la presencia parecen servir de puntales emocionales. La mía es la historia de una ocupación. Pero no de una vivienda, sino de la cabeza de una propietaria invadida por ideas descabelladas y la sobre-representación mediática de un fenómeno que, en realidad, y tirando de datos, tiene un impacto anecdótico en los pueblos.

La mía era una casa repartida en herencia para cinco hermanos. Uno de ellos se hace cargo de su gestión a regañadientes y, para que no se caiga, decide alquilarla. Una hermana, que vive en el extranjero se interesa por el estado de esta casa y se plantea la posibilidad de comprarla. Y un par de vecinas alimentan la desconfianza de la heredera insinuando que sus inquilinos no pagan el alquiler, que han tenido un hijo y que, como sigan allí, va a ser difícil echarlos.

De repente, un buen día, mi pareja y yo nos dimos cuenta de que éramos ocupas sin saberlo y de que, además, entre nuestros planes maquiavélicos estaba adueñarnos de la casa. No es que fuéramos extraterrestres en el pueblo, nada más lejos de la realidad: participábamos de la vida y del día a día de la vecindad y se sabía que pagábamos al día y cuidábamos la casa como propia. A pesar de todo esto, la distorsión mediática era tal, que todas estas pruebas fehacientes de una residencia en alquiler, digamos «normal», no importaban, no

Nos encontramos con una verdadera epidemia habitacional en los pueblos.

valían para el fanatismo desocupacionista que desaloja la razón de las cabezas.

Por todo esto, fuimos invitados amablemente a irnos, al decidir esta heredera comprar las partes de sus hermanos. Nos fuimos. Al cerrar la puerta, otra casa cerrada impide que los jóvenes se independicen en su propio pueblo. A la poca vivienda se suma la cuestión cultural del medio rural: si te independizas, pareces haberte peleado con tu familia. Esta juventud que quizá querría quedarse donde tiene sus raíces, acaba construyendo su vida en otro lugar, a menudo en zonas de la periferia urbana.

En definitiva, nos encontramos con una verdadera epidemia habitacional en los pueblos: por un lado, un buen puñado de casas vacías la mayor parte del tiempo, que se alquilan para turismo rural, o habitadas solo los fines de semana o en verano, y, por el otro, infinidad de casas cerradas tal cual, por problemas entre herederos o por la sensación de que es mejor que se quede cerrada a que alguien la habite. ●

Arturo Triviño

Conservero, músico y periodista
de la Serranía de Ronda

GRACIAS

POR SOSTENER LA PALABRA SOBRE EL PAPEL

Esta edición llega a tus manos gracias al apoyo y a la respuesta de las personas y colectivos que os sumasteis a la campaña en Verkami SOS Revista Soberanía Alimentaria.



En este caminar, queremos dar una bienvenida llena de ilusión a las nuevas organizaciones que habéis decidido unirnos al proyecto como socias:

Mas de Vilartimó- Associació Cultura Espiral

La Kosturica- Associació per a la Recerca i l'Estudi de l'Agroecologia (AREA)

Opcions de consum responsable

Granja Cando SL

Vivir la Tierra SCV

Queremos agradecer profundamente a todas las personas que se han volcado para hacer posible la diversidad de recompensas en esta campaña y también las que finalmente no pudimos incluir. El proceso ha sido fácil, cariñoso y muy bello gracias a la colaboración de Ecopipa, La Zafra, El Perol, las ilustradoras Silvatiica, Bitxo, Sandra Carmona, Inés Alba y Ahrde; a Ferran, Jeromo y tantas otras manos amigas.

Nuestra gratitud infinita también a Rocío Márquez, por la inspiración, generosidad y el amor que nos brindó, su tiempo y su profesionalidad; a David Guillén, por su sensibilidad audiovisual; a Ferran Fernández Muñoz, por su apoyo constante en el diseño; A Adrià, de Verkami, por su paciencia y su disposición siempre amable y animada; a Biela y Tierra y al Camping Venta de Contreras por su cercanía y complicidad y a Fer, de la Escuela de los Pueblos, junto a todas las personas que nos habéis arropado con vuestro calor durante las intensas semanas de campaña.

CON VOSOTRAS, SOMOS SEMILLA DE SEMILLAS

